

La Racional

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.

La Racional. Novela escrita durante el 2010 inspirada en la Ciudad de La Plata. Algunos capítulos fueron publicados en Textos II, La Comuna Ediciones, La Plata, 2018.

Domenech, María Tamara

La racional / María Tamara Domenech. - 1a ed. -

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2019.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-86-1087-0

1. Narrativa Argentina Contemporánea. I. Título.

CDD A863

Danzarina

Estoy sentada en la mesa del comedor esperando a que mi mamá traiga el almuerzo. La casa está ordenada, limpia, huele a comida. Cuando la casa huele a comida, a mí me da la sensación de que está sucia. Si siento la casa sucia me siento sucia por el sólo hecho de habitar en ella entonces, tendré que bañarme ni bien termine de comer. Antes de que llegue la comida hago un repaso de lo que tengo que hacer después, el bolso, peinarme, sacar la ropa del galpón de planchado, buscar cambio e irme. Me gusta la idea de salir pero odio el lugar al que tengo que ir. No entiendo cómo habiendo tantas cosas divertidas, a mí me mandan a una clase de ballet.

Mi mamá se acerca con un plato de sopa y una manzana de postre.

Necesitaría probar algo que me ancle a la superficie del mundo, pesado y alegre. Que me deje postrada en donde sea, cualquier lugar para mí sería un lugar extraordinario por fuera de la escuela de danzas.

Agarro la cuchara y empiezo a tomar la sopa. La siento correr etérea por un cuerpo que le hace frente como a una enemiga. Quiero algo que me haga echar al lado de mi perro, toda la tarde en un sofá, con la mente distraída y cada tanto repasar lo que hay colgado en las paredes para seguir estando en esta casa aunque esté en otro mundo. El reloj de pared, la repisa de algarrobo, veinte libros con una encuadernación dorada, dos palomas blancas de cerámica dándose un beso, un cenicero de cristal, una campana de bronce y tres portarretratos. Uno con una foto de mi mamá cuando tenía 15 años, otro con una foto de mi papá cuando jugaba al fútbol de manera profesional y otro con una foto mía cuando empecé el jardín.

La sopa tiene gusto a viejo. Mastico una manzana cruda para limpiarme la boca.

Con mis manos quiero arañar el día, herirlo, pedirle perdón, hacernos amigos otra vez y que me conceda un deseo.

Las manos se van solas, me llevan a tocar los almohadones del sofá, los objetos de la repisa. “A trabajar, hagan lo que tienen que hacer ¿No se dan cuenta que si no va a ser peor?”, les digo.

Mi mamá pregunta:

– ¿Comiste rico?

– Sí.

– Me alegra tanto. Lo hice con amor.

– Má, ¿por qué no cocinás comida que me ancle al piso, no sabés ninguna receta?

– Las conozco, perfectamente, pero sabés que no podés comer eso. La alimentación es muy importante para que bailes como un ángel.

– Pero no quiero ser un ángel.

– Cuando lo seas te vas a dar cuenta de que es hermoso. Te vas a sentir única sabiendo que sos de carne y hueso y sin embargo volás. Sos tan especial para mí que cómo no vas a querer ser un ángel.

– ¿Me querrías menos si te dijera que no quiero volar?

– Te prometo que mañana te voy a cocinar carne al horno con papas y flan de postre.

Te quiero, ahora andá a cambiarte que se te va a hacer tarde.

Mientras preparo todo, sé que me engaña. Siempre dice que al otro día me va a cocinar algo rico y es mentira, es más fuerte su deseo de que sea un ángel, que el mío que es anclarme al piso.

Salgo de casa y camino hasta la parada del micro. Siempre me pregunto lo mismo, por qué tardará tanto en pasar el que me deja a mí. Pero no me pongo mal, al contrario, aprovecho esos minutos para apoyar mi cabeza sobre el poste que sostiene el cartel con los números de las líneas.

Me dejo estar.

Subo y, como siento que mi cabeza todavía necesita estar un tiempo más gacha, me recuesto sobre el vidrio. El verdadero cielo lo encuentro cuando viajo en colectivo. Así sentada soy el ángel que mamá quiere que sea arriba de un escenario. Yo no necesito bailar para volar. Puedo volar sentada. Pienso cosas dispersas, unidas por detalles secundarios. Por ejemplo, por qué me irrita el peinado de mi mamá y no así sus mentiras; de ahí paso a mi propio pelo, siempre triste y engominado, por qué ni siquiera me lo dejo suelto cuando me baño; cuándo me voy a decidir a hacer algo que no esté supervisado por mi familia; de qué depende que tome esa decisión; cómo puede ser que me gusten sólo los chicos gordos; cómo es que no se hayan inventado casas arriba de los árboles habiendo tantos, en tantas plazas de la ciudad; pienso en que alguna vez voy a construir una, en uno de ellos, que se va a comunicar con otra y así sucesivamente. Me gustaría vivir en lo alto de las ramas, como si fuese un mono. Atravesaría puentes de un lado al otro, no sólo para pasear sino para buscar alimento para mis novios de buen comer.

Bajo tres paradas más tarde y empiezo a caminar, primero rápido porque tengo que entrar a la clase y después muy lento como un elefante anoréxico que tiene su corazón pesado y sus patas vibrantes y veloces. Sin pensamientos extraños, reviso las fachadas de las casas que nunca había visto. Cuento las ventanas, los timbres, los autos, imagino la gente que las habitan.

Estoy casi llegando al centro y veo una única galería. Me entusiasma la escalera y sus luces. Me paro debajo de ellas como si fuesen un secador de pelo. Quizá, pienso, estas luces se conecten con las que están en mi cerebro y me ayuden a entender la manera en que, diariamente, pase de la supervisión a la clandestinidad.

Bajo, en ese espacio alejado con olor a pis y me lleno de ese animal que hoy me representa.

Hay muchas chicas y chicos de mi edad, vestidos con ropa negra, los ojos pintados y tatuajes en el cuerpo.

Me quedo sentada cerca de ellos, uno se acerca y me pregunta si tengo dinero porque se quiere hacer un tatuaje. Le digo que sí, que tengo poco pero se lo regalo, total hoy no voy a merendar en el comedor de la escuela.

– Con una condición te los presto, si me dejás que mire cómo te lo hacen. ¿Qué te vas a tatuar?

Y el chico me responde:

– La palabra IR.

– ¿Y qué quiere decir?

– Es una sigla que significa Incomodidad Racional. Es una historia muy larga, si querés podés venir pero sin hacerme preguntas. Para que te des cuenta más o menos, la Incomodidad para mí tiene que ver con el silencio, no con las palabras.

– Esas palabras me llegan al corazón. Porque, a mí también, me gusta el silencio.

El no premeditado, el que existe entre actividad y actividad, por ejemplo, el que se prolonga entre la espera de un micro y cuando el micro llega; el que se produce entre la espera de la comida y cuando está servida. Ese es el que me permite pensar

escapatorias. Un silencio que emparcha y decora la quietud de la calle, de la casa, de la escuela.

Me quedo sentada y erguida al lado del chico que recién conozco. Dejo la mochila pesada en el piso, probablemente, a la que le adherirá el perfume del abandono.

El chico no me mira pero le gusta que una chica esté con él en un momento parecido al dolor.

Cuando se acerca el tatuador me doy cuenta de que es el primo mayor de una amiga que tuve en la escuela primaria. No le digo nada porque me parece que él no se acuerda de mí.

El silencio a veces me deja extraña, dubitativa.

El tatuador empieza a dibujar con una fibra la letra "I" y pienso, entre que la dibuja y pigmenta la piel, en ese intervalo, que no soy un ángel, que tengo que ver cómo le digo a mi mamá que necesito perderme aunque tenga miedo de caer.

Jevy

Estoy acostado en mi cama, mirando una ventana que tiene un marco delgado de hierro gris metalizado. Se ven dos árboles cortados, de uno veo su copa juvenil y del otro su tronco machucado.

Lo observo con la insistencia de alguien que no quiere vivir lo que le pasa pero tiene la confianza de que vendrán tiempos más reales y menos mentales.

Hace mucho calor y en La Racional se siente más por el silencio que intensifica lo malo cuando uno no está bien.

Necesitaría una dosis de ruido pero no tengo voluntad para tomar ningún tren.

Me pongo los auriculares y sigo expectante. No tengo ningún plan en mente.

Después de las 5 será otra cosa, cuando la gente se levante de la siesta y quiera hacer algo para sentirse útil.

Los instrumentos metálicos y los gritos de fondo son un paño frío para el malestar.

Conectan cosas viejas con nuevas: ropa, relaciones, diarios, objetos, comida.

La música obliga a mi mente a hacer recorridos que titilan. Por momentos, veo todo claro y, enseguida, todo está oscuro otra vez.

Hipnotizado espero la revancha de la luz que insiste en desaparecer.

Son recién las 11 de la mañana y hasta las 5 de la tarde no hay perspectiva.

Estoy solo en casa y no hay nada para comer.

Prendo un cigarrillo para amainar la desesperación pero ocurre al revés.

Siento ganas de que este día me traiga la luna pronto y salgamos los dos a caminar.

Juntos somos lobos que defienden a gritos una esperanza.

Y ganas de saltar siento, de esta cama que me retiene como a un loco que se ató las manos a sí mismo.

Tomo un vaso de gaseosa y tiro con la punta del pie la ropa que hay alrededor.

El cuarto está tomado por cosas que parecen haberse enamorado de mí. Dejó de ser él mismo para transformarse en un ropero acostado, en una repisa ondulante, en un escritorio que perdió sus cajones.

Construyo una esfera imaginaria con madera, ropa sucia, hojas de calcar, lapiceras y humo y la arrastro hacia la ventana. Quiero ver qué hacen mis pertenencias sobre un abismo real.

Estamos en un quinto piso. Y la esfera me mira anonadada, está contenta, respira aire fresco.

Pregunta:

- ¿Vamos?
- ¿Adónde?
- A dar una vuelta por ahí.
- La Racional es aburrida, mejor quedémonos acá.
- Llévame a conocerla.

Me visto y salimos.

Ella me dice, “subite que puede ser divertido” y le contesto que prefiero pasar lo más desapercibido posible. En esta ciudad me podrían hacer la cruz para siempre.

- Dale, qué te importa lo que digan los demás. Si ellos viven tranquilos y lo que vos querés es moverte lo más rápido posible.
- Tenés razón, no me importa.

Me subo a la luna de día y empezamos a andar.

Pasamos por el bosque y fumamos en las hamacas.

Nos metemos en un auto que está a punto de jugar una picada y llegamos primero. Robamos otro y vamos al río. La esfera maneja porque yo no sé. Tiramos papeles al agua y, a cambio, el río nos regala corvinas.

Miro a una chica para que venga conmigo pero ella no acepta porque tengo olor a pescado. Le grito algo así como, “cuando necesites un abrazo no te va a importar este dolor” y sigo.

Paseamos por unos monoblocks ajustadísimos para la cantidad de personas que están en la vereda. Pienso en mis abuelos que vivieron en un departamento parecido y, el estar pegados, los hacía sentir seguros. Me pregunto si no será congénita la idea de estar atrapado entre las cosas pero enseguida la abandono porque afuera estoy pasándola bastante bien.

Vamos de la periferia al centro.

Y llegamos a la única galería comercial que abre las 24 hs, es un corazón que late revolucionario.

En La Racional los lugares que están despiertos día y noche son las farmacias, los hospitales y las comisarías.

Bajamos la escalera y los locales nos llaman con sus dibujos exóticos y accesorios de neón.

La esfera y yo en este momento dejamos que se enciendan, aunque sea de manera provisoria, las luces de nuestro capricho.

Miramos todo, queremos todo.

Enseguida llegan nuestros amigos. Están desgastados por la tarde. Sus ojos parecen de hormigón.

Les preguntamos:

- ¿Qué hacen?
- Nada y ¿y ustedes?
- Estuvimos mirando el recital.
- ¿Y qué tal?
- ¡Increíble!
- ¿Si tuvieran dinero se tatuarían la cara del grupo?
- ¡Por supuesto!

Empezamos a pedir monedas. Pienso que mi objetivo ahora es ése. Juntar dinero para tatuarme algo que me guste.

Necesito una imagen que revele quién soy, que le diga al mundo lo que me pasa en este momento.

Es la forma de ser escuchado en esta ciudad.

Su silencio no facilita la comunicación, la hace más pesada. Con él aturde hasta el que más fuerte grita.

Nos hacemos del dinero justo. No sobra nada.

“Acompañame”, le pido, entremos ahora.

Después de unas horas salgo de la galería a la noche estrellada.

En mi pierna dice, “IR”.

Ella me sumerge en la noche y la llevo al recital que le prometí ni bien la vi.

Tía de danzarina

No sé cuánto tiempo más vamos a soportar esta situación. Cómo se entiende que por cada 10 habitantes haya una farmacia ¿En qué cabeza entra esta ecuación? Si esto sigue así el estado va a tener que subsidiar al gremio. Sí o sí. Porque nosotros estamos para salvar vidas pero ¿quién nos salva a nosotros? Ayer por ejemplo, no vendí nada y no es porque sea enero, esa es una justificación porque acá la gente sale de vacaciones en febrero. En enero la gente se queda en sus piletas y se enferma igual. Que si no es insolación, es baja presión o la otitis, típica del verano.

El único medicamento que estuve por vender fue una caja de ansiolíticos y ni siquiera porque entraron dos jóvenes desesperados que no tenían receta, bah habían traído una escrita sobre el reverso de una hoja mecanografiada del poder judicial. Para colmo, por querer hacerse pasar por médicos de caligrafía complicada se les fue la mano y no había ninguna palabra terminada. Habían llegado a escribir ans, ocupando toda la hoja. Lo peor fue que le habían echado perfume como si fuese una carta de amor y dibujado dos rosas enredadas entre sí, sin ningún pétalo. Yo los entiendo, seguro fueron dejados por alguien, ellos dejaron a alguien o se estaban dejando en ese momento, en el que entraban aquí. Los hubiese querido ayudar pero no puedo vender medicamentos sin receta. Lo que me falta a mí, es ir presa por esto. Ni loca.

“Muchachos no me obliguen a hacer esto. Los entiendo pero no puedo hacer nada”. Y pusieron el grito en el cielo, me dijeron, “vieja de porquería cómo que no podés hacer nada por nosotros, inventá algo, si no nos matamos ahora, acá en tu farmacia, en tu segundo hogar”.

Y les dije:

– Están desesperados, por qué no se sientan y les pido unas pizzas, seguro que hace días que no comen nada.

– No queremos comida, queremos una pastilla aunque sea de 5 miligramos y la partimos por la mitad.

– No, definitivamente no.

Entonces uno le dijo al otro, “sacá el cuchillo”. Pienso qué romanticismo el de estos pibes dispuestos a herirse frente a mis narices. Y qué querés, me seguían diciendo, “somos el amor de un silencio territorial”.

Continué:

- Sentémonos y quizá hablando encontremos algo que los pueda guiar de ahora en más. En la ciudad hay lugares para todos, seguro, encuentren uno para ustedes.
- ¿Nos estás cargando porquería?, esta es una ciudad en la que lo que más abundan son farmacias, en cada cuadra hay dos. Sacá la cuenta. Este es el lugar que la ciudad destina a sus jóvenes, por eso vinimos aquí, traenos una pastilla, por favor.
- No sean injustos, las hay porque hay enfermos pero ustedes no están enfermos, están tristes y eso no es una enfermedad.
- Quién te dijo, es peor.

De golpe, uno de ellos sacó un cuchillo con el mango forrado con tela de bigé con florcitas. El otro sacó el suyo, tenía el mango forrado con unas trencitas hechas con lanas rojas, azules y amarillas.

“Miren qué lindos cuchillos tienen”, comenté. Y cuando terminé de decir la frase uno se había arañado la frente. “Pará, por favor, tranquilizate, te voy a hacer un té”, le dije. El otro para no ser menos se arañó la mano derecha y con la sangre dibujaba una especie de laguna con unas ranas con los ojos cerrados.

En ese momento entró mi sobrina.

- ¿Qué es todo esto tía?
- Nada, nada, no te preocupes, sentate por ahí que ya te atiendo.
- ¿Pero qué pasó, qué hacen estos chicos, esta sangre y este dibujo en el piso?
- Quizá lo entiendas cuando seas más grande, los chicos están un poco tristes, nada más. Haceme un favor, ¿podrías hacerles un té, mientras yo los curo?
- Claro, ya voy, dijo mi sobrina.
- Ven chicos, la vida es linda, hay chicas, chicos, montones de personas para que pasen cosas. Si se mueren le quitan a la vida la posibilidad de que se las presente. Para sobreponerse hay que entrenarse. Después la vida recompensa. Regálenme esos cuchillos, van a ver cómo va a ir mejorando todo.
- Y a cambio ¿qué nos da?
- Cierro la farmacia.
- Nena, ¿dónde está el azúcar? Es lo mejor para cicatrizar rasguños superficiales.
- Y vos, ¿qué andás haciendo por acá, no tendrías que estar en la escuela de danzas?
- Sí, pero me distraje con otras cosas y ya ves, estoy aquí.
- Si cierra la farmacia qué haríamos, preguntaron los chicos.
- Tomaríamos el té todas las tardes y pensaríamos qué cosas rehacer de nuestras vidas.

Yo

Estuvimos bibi, lore, vero y yo en la casa de vale toda la tarde tomando mates y charlando. Nos pintamos las uñas, nos depilamos las cejas, fumamos, llamamos a los chicos que conocimos en la última fiesta, cocinamos una torta, bañamos al perro de vale, charlamos con su mamá, después con su tía, después con su abuela. Salimos a la vereda a ver los coches pasar. Nos compramos chupetines de naranja, manzana y limón. Nos probamos ropa, la rajamos porque vero quería entrar en el pantalón de bibi y bibi en la pollera de lore. Rompimos las últimas marcas de un solo suspiro. bibi nos aturdió con su falta de decisión para la vida, lore con la falta de dinero de sus papás, vero con que no sabe si es hija adoptiva, vale que se quiere independizar cueste lo que cueste y yo no paré de hablar de vago. Era como que hablábamos pero no nos

escuchábamos. Últimamente, siento eso. No hay conexión. Somos discos con la misma música grabada pero viajamos a lugares distintos. Cada una quiere estar en un lugar diferente al que está y en esa molestia nos aturdimos para no escuchar hacia dónde quiere ir la otra, cómo, con quién, para qué. Me aburrí mucho ayer, por eso estoy escribiendo, necesitaba entender. Toda una tarde desperdiciada. Pero tampoco tengo claro cómo sería ser productiva. Bah sí, sería estar sola. Como el año pasado que me la pasé leyendo libros, comiendo chocolates y bañándome. Ese trabajo tampoco me resultó un buen plan.

Después llegó el hermano de vale con unos amigos y su primo que me encantó porque tenía pestañas largas y la boca babosa, el aspecto era desesperante por eso me identifiqué. Miraba todo el tiempo el piso, no sé si era tímido o tonto. De todas formas, me las ingenié para sacarle tema y mirarlo un rato más.

Al principio, el hermano no quería saber nada con todas nosotras, recién ahora nos da bolilla, desde que cambiamos el cuerpo. Por eso se quedaron tomando unos mates. Hablamos de tonterías. Cómo puede ser que el tiempo haya pasado así, si sé que nos vamos a morir. No me quiero morir habiendo desperdiciado tontamente la vida pero no sé cómo hacer para que me pasen cosas profundas y, al mismo tiempo, estar alegremente acompañada. Hablamos sobre si el boleto debería costar 1 centavo más o menos según las distancias entre el centro de La Racional y los partidos aledaños; que si María, una piba del colegio, se había teñido el pelo con tintura, kerosene o pomada para zapatos; que los helados de la plaza estaban contaminados; que a Axel Rose le gustan los chicos; que la profesora de matemáticas parece un conjunto de nubes; que tal marca de auto corre más rápido que las demás.

Cuando el chico tonto dijo la palabra marca se me iluminaron los ojos.

Entonces pregunté, “¿y si vamos a jugar una picada?”

El hermano de vale aceptó. Las chicas empezaron con sus pretextos, que les daba miedo, que las madres se morirían si se llegaban a enterar, que La Racional era un pueblo chico. Que bla bla bla bla. El hermano de vale, sus amigos, el primo y yo decidimos traicionar el espíritu de grupo e ir. La amistad era también un lugar del que, a veces, era mejor huir. Las chicas se enojaron, me di cuenta por sus caras, no por sus argumentos porque, claro, eran caprichos conocidos y nos fuimos. Por fin la tarde se quebró. Por fin había pasado algo verdadero. No sé bien qué significaba eso pero lo sentía así. Una hazaña, el vértigo, la eclosión de algo exagerado.

Mamá de Jevy

No me gusta verlo a mi hijo todo el día encerrado en su cuarto. Me voy a trabajar y está durmiendo, llego y sigue ahí, creo que escucha música. A veces, no sé si es así o hay alguien. Son murmullos que no se distinguen. Le pregunto qué le pasa y siempre me dice que nada, que no me preocupe, que está todo bien pero yo sé que algo le pasa pero no sé qué puede ser. Y menos si él no me habla. No puede ser que esté todo el día abstraído con esas voces. Siento que hace las cosas por obligación pero no está motivado, le pido que ponga la mesa y lo hace, todavía toma el micro para ir hasta el centro a buscar los recibos de la obra social pero no está motivado y de esa manera la gente parece muerta ¿Será que la única motivación que tiene es la de estar encerrado? pero ¿cómo puede ser que estar solo, casi a oscuras durante tanto tiempo, tenga que ver con lo que lo mantiene vivo? No sé qué hacer para que él mismo quiera salir por

sus propios medios y con sus propias metas al mundo. Aunque sea para ir a ver a alguien. Verlo vestirse, bañarse, me haría bien como madre.

El otro día, le pedí por favor que se cambiara la camisa porque hacía dos semanas que se la veía puesta. Me dijo que no se la iba a sacar, que era el único recuerdo que tenía del padre y que, más que nunca, en este momento necesitaba tenerlo cerca suyo y le dije, te la lavo y te la ponés otra vez. Argumentó que las necesidades cuando se interrumpen son dolorosas, que mejor iba a ser que no lo molestara y punto. Y pensé cómo hacer para quitársela durante la noche, lavarla y dejársela a su lado. Pero se iba a enojar. “Las necesidades tienen que ver con los olores, con los cuerpos, nada que se le parezca a la prolijidad”, me dijo. Entonces, me convencí y pensé que iba a ser mejor que estuviera encerrado porque iba a ser discriminado por su olor. Pero tengo que ver qué hago para poder revertir el curso de los días, las incógnitas que se acumulan en una habitación con voces que desconozco.

Es sábado y para empezar un fin de semana con alegría, compro facturas y le hago una leche con chocolate para cuando se levante, quizá podamos hablar y explicar algo.

– Mirá con qué linda sorpresa te estoy esperando.

– ¡Ay, qué bueno, qué rico!

– Dale sentate, así desayunamos juntos.

– ¿Qué vas a hacer hoy?

– Me parece que me voy a ir a leer a la plaza, ¿y vos?

– Nada. Me voy a quedar en casa, supongo, hasta la tarde que hable con los chicos.

– ¿No te parece que hace muchos días que no hacés nada?

– Es una forma de decir. En realidad pienso, imagino, me angustio.

– Pero ¿por qué, no podés explicármelo? Yo te quiero ayudar.

– Es que no vas a poder, es muy difícil.

– Por lo menos, contame.

– Es que esta ciudad no me atrae.

– ¿Por qué decís algo así, con qué fundamentos?

– ¿No viste? todo está cerrado. Los bares, las estaciones de servicio, los kioscos, las galerías comerciales. Es una ciudad fantasma. Entonces yo también cierro las puertas de mi cuarto porque no hay nada para hacer.

– No seas injusto. Es una ciudad que está abierta menos tiempo del que a vos te gustaría.

– Una ciudad que está abierta sólo cuando los adultos quieren es una ciudad que no está pensada para nosotros. Nosotros sobramos, estamos de más.

– ¿Y por qué no abren algo ustedes? Es más fácil criticar que proponer una salida.

– Esa es la palabra clave, no hay salida mami, no entendés. Para hacer cualquier cosa te piden papeles y dinero y yo no tengo ninguna de las dos cosas.

– Y conseguilas.

– ¿Para qué, para estar con mis amigos en un lugar que me sale una fortuna? Para eso los invito a mi cuarto y evito endeudarme con todo el mundo.

– Por ahí hay otros chicos que quieren lo mismo que esperan ustedes.

– No sé ¿Cómo saberlo?

– Buscándolos.

– No están. Salgo y no veo a nadie con mi misma cara. Por ahí están contentos con las franjas horarias o con lo que hay.

– ¿Y qué te imaginás cuando estás solo?

- En construir miles de cuartos de jóvenes por toda la ciudad. Para que la gente perciba la coacción de las cosas, el entendimiento.
- Nadie entraría con el lío que hay.
- Y bueno, podrían mirarnos desde afuera.
- ¿Y qué puedo hacer para ayudarte?
- Ya estás haciendo un montón. Me comprás leche y facturas.
- Pero te quiero ver bien.
- Esta ciudad no me ayuda. Y no creo que vos quieras mudarte.
- ¿Y adónde te irías?
- No sé, a nueva york, montevideo, berlín, la habana.
- Traé un lápiz y un papel. Escribamos los nombres de estas ciudades y hagamos un sorteo para ver cuál sale, ¿te parece?
- Dale.
- Sacá un papelito y abril.
- ¿Adiviná qué salió?
- ¿berlín?
- No. Te lo digo si me decís ¿qué significa todo esto?
- Que nos vamos a la ciudad que salga.
- Pero si no tenemos dinero.
- Lo conseguimos, vendemos todo. Empezamos otra vida ¿Qué salió?
- ¿Vos harías eso por mí?
- Es mejor que estemos los dos motivados a que esté sola acarreándote o, lo que es peor, queriéndote ayudar y que vos me digas que tu destino es la soledad.
- Es que esta ciudad está inmóvil.
- Por eso mismo, ¿qué salió?
- Ah...adiviná....
- ¿montevideo?
- No. Seguí probando.

Yo

- ¿Qué le pasa a este auto que se queda a mitad de carrera?
- No sé, te juro, andaba mal el carburador pero lo había arreglado.
- Si no sos mecánico, ¿para qué metiste mano? Nos estamos perdiendo la mejor carrera de nuestras vidas, nunca el bosque había estado tan lleno de gente a esta hora.
- ¿Y qué querés que haga?
- Algo rápido y ¡ya! mirá la hinchada que tenemos, ¿no escuchás los silbidos, las canciones, el disturbio?
- Sí, perfectamente, y eso me pone más nervioso.
- Al revés, el ruido te tiene que dar energía para hacer arrancar este auto de marca.
- Si lo tratás así es peor, ¡¿no te das cuenta?! Se resiente y no va para ningún lado.
- Que me digas que le fallan los frenos lo entiendo pero que no arranque para la segunda vuelta es lamentable. No te digo, ¡estamos arruinados! Siempre nos toca el camino más largo y difícil para ser felices por segundos.
- ¿Por qué no te callás un poco? ¡Me harías un gran favor!
- ¿Cómo pretendés que me calle con estos nervios? Si no hablo exploto, me bajo del auto y me voy.

- Y dale, andate.
- Ni loca, no tengo un plan mejor para hacer a esta hora en La Racional.
- Entonces, ayudame.
- Y ¿cómo? explicame, si no entiendo nada de electromecánica.
- Por lo menos, decime cosas lindas, alentadoras y al auto, de paso, también.
- Si no te basta con el aliento que te da la gente que chifla alrededor, ¿necesitás el mío?
- Sí. No conozco a toda esa gente, sus balbuceos no me llegan. Es como estar jugando un partido de fútbol, la hinchada te puede alentar pero el verdadero amor está entre tus compañeros de equipo. Los que te levantan cuando te caés, te curan cuando te lastimás, te defienden del réferi y las patadas de los jugadores contrincantes. A mí la hinchada que tenemos afuera me sirve como publicidad pero internamente necesito tus palabras.
- Dejá de filosofar, te lo pido por favor, hacé algo con este coche que los otros nos están llevando una vuelta de distancia.
- Decime una leyenda de aliento con tus palabras amigas.
- “El mejor corredor del mundo está a mi lado”.
- Ves, eso, necesito.
- “Y el record lo estamos por alcanzar gracias a este auto que el corredor compone con sus preciosas manos de arreglador de guitarra eléctrica”.
- ¿Será el motor? Creo que se fundió.
- ¿Cómo te das cuenta?
- Porque no hace ningún ruido. Está muerto.
- No me digas eso, que lo necesitamos más que nunca.
- Pero es así, lo siento.
- ¿Y si salimos del auto y le pedimos a la hinchada que nos ayude a arrastrarlo?
- ¿Cómo pretendés ganar una carrera a pie?
- Probemos, total, vencidos por vencidos no perdemos nada.
- Bueno, bajate y llamala.
- ¡¡¡Eu!!!, vengan aquí por favor, necesitamos que nos ayuden a arrastrar el auto para seguir compitiendo.

La gente ayuda con adrenalina.

Por primera vez, en la historia de La Racional, se gana una picada de la mano de la hinchada que arrastra el coche a toda velocidad. Las piernas de tanta gente se convierten en el motor que necesitamos para tener una alegría.

Danzarina

¿Por qué hace tanto frío en La Racional? ¿No es extraño en una ciudad con tantos árboles que sus copas no se unan para abrigar? Definitivamente, el follaje parece haber nacido para no dejar entrar los rayos del sol, es un paraguas protector muy peligroso. No basta la ropa que tengo, ni la calefacción, este es un frío que no se pasa así nomás.

A la mañana, la escarcha tapa los autos, las casas, los animales. Es raro ver montones de cosas blancas moverse como bloques glaciares hacia nosotros. Dirigibles que esperan derretirse en el transcurso del día.

Amanezco blanca, gigante y empiezo a saltar. Bolas de nieve con sueños adentro dejo caer hasta sentirme cálida.

Los lugares a los que llegamos tienen las ventanas empañadas. El colegio es una tortura, no ver qué pasa afuera, quiénes están.

Alguien que traiga un trapo y un balde con agua caliente, tenemos que sacar los rastros que obstaculizan nuestra visibilidad.

Los chicos no quieren que el mal natural se vaya. Sus dedos están cargados de imágenes para ser dibujadas. Vayan, les digo, y agarren una hoja. Necesitamos ver ahora. Ellos hacen dibujos lo más rápido que pueden, de tal manera de matar la escarcha.

De golpe, todo está limpio. Pero tiritito igual. Tengo puesta una frazada palette escocesa muy colorida, con un cinturón y unas medias de lana. El vestido improvisado no protege como esperaba, como si una maldición cósmica se hubiera reencarnado en cada cuerpo.

A la tarde miro impaciente por la ventana de mi cuarto para ver en qué momento el paraguas se raja y presienta un envión.

Le pido al cielo que mande un viento poderoso que haga romper la copa de un árbol, que vomite un rayo malicioso, capaz de liberarme de mi propia casa.

El cielo me escucha y salgo.

Invento un camino de la mano de las hojas que se abandonan en las persianas, de los chicos que se tiran de los árboles, de los ancianos que gritan. Tramo un recorrido y me pierdo.

Me gusta que cueste estar alegre.

Voy hacia un lugar que no tiene nombre todavía.

Me pregunto qué procedimiento hay que crear para tener pensamientos tibios.

Y si el calor es algo bueno en sí mismo. Parto de mí y atestiguo, el calor es imprescindible para crear, así sea algo feo. Dejar que se derritan lágrimas que guardan certezas.

Tío de Danzarina

Son las 8 de la mañana y lo primero que hago es llamar por teléfono al trabajo para decir que no voy a ir porque me siento un poco mal. Hoy necesito perderme en la ciudad, recorrerla sin horarios, ver qué cambió, qué continúa igual.

Estoy de lunes a viernes de 9 a 18 horas encerrado en una oficina pequeña. Mi función es atender el teléfono del contador, dar señales de fax, completar memorándums en la computadora, comprar el almuerzo para los compañeros del segundo piso y, cada tanto, hacer algún depósito bancario.

Mi vida comienza después porque antes soy parte de una programación. Cuando empecé me gustaban mis compañeras de trabajo y eso me hacía sentir que iba con un propósito importante. Después de que estuve con algunas de ellas, el trabajo se convirtió en una cárcel construida de rumores maliciosos.

Hubo otros períodos en los que intenté pensar solamente en el dinero, que iba por eso y nada más. Pero funcionó dos meses seguidos porque me importa para subsistir, no para acumular.

En otros momentos, me sostuvo la idea de ir y volver caminando para tener un buen estado físico pero tampoco. Porque no me importa el aspecto físico de casi nada.

Pensé que trabajaba para comprar la misma cantidad de cosas que compra mi hermano para las fiestas de fin de año. Ella que, antes de ir al mercado, apuesta lo que tenga en carreras de caballos. Y gana, tiene esa suerte. Nunca perdió ni un peso. Está mimetizada con la sangre del animal. Sabe cómo sienten esas bestias segundo a segundo. No sé cómo hace. Pero tampoco funcionó cumplir tareas por comparación. Trabajar no es lo mío, aunque sea una necesidad. A veces, me pregunto, ¿qué otras cosas haría si no tuviera obligaciones? Y creo que nada, no tengo ideas extravagantes para contraponer.

Me quedaría en casa fumando, mirando las plantas crecer, tomaría mates, llamaría por teléfono a algún amigo. Me quedaría jugando con el gato, escuchando un poco de música.

Me pongo el mismo pantalón que tenía puesto ayer y me cambio la remera, elijo una jovial, de cuando era adolescente. Y salgo hacia un rumbo desconocido.

En La Racional las oficinas y los comercios abren a las 7. 30, madrugan todos, menos los pibes, claro, que siempre tienen problemas con el gobernador porque quiere que ellos también respeten las normas temporales.

Están despiertos y con mala cara, como diciendo, “¿por qué me tengo que despertar a esta hora si me podría haber quedado un rato más en la cama?”. Las personas se pasan la pelota y dicen que se levantan temprano porque las otras también lo hacen. Intento registrar qué edificios nuevos se construyeron, qué negocios cerraron, cuáles abrieron, qué canchas de fútbol demolieron para hacer estacionamientos. Qué nuevos deportes surgieron. Dónde están las mujeres que me gustan. Dónde están los supermercados que venden productos importados. Qué pasó con los relojes de piso. De golpe, veo un edificio en una esquina. Tiene vidrios polarizados, una escalera mecánica, una bandera en lo alto y guardias de seguridad en la puerta. Pero dice, abierto a todo público.

Qué significa esta mole distinguida en La Racional. Es un café cibernético. Entro sin dudar, a esta hora el lugar está lleno de chicos de 11 años, que participan en red de un juego de guerra, que consiste en aniquilar con el *mouse* a un supuesto enemigo, peludo con pies muy grandes y ropa rota. Están fascinados, viven en carne propia algo que pasa en una pantalla. En tres dimensiones gritan como si no hubiese nadie más a su alrededor.

En este edificio a la vista de todos y a oscuras se lleva a cabo una guerra entre chicos de 11 años y unos seres más grandes que ellos.

Los guardias de seguridad protegen la entrada de los padres de tal manera, que no interrumpen el entrenamiento de sus hijos.

Una señorita me pregunta, “¿usted quiere una máquina?”

“No”, contesto un poco tonto. “¿Y qué se le ofrece?”, insiste. “Nada, nada, quería conocer el lugar”, respondo. “Bueno, si desea algo, no tiene más que pedírmelo, estoy a su disposición”, contesta.

¿Qué era todo eso?

En un momento sentí el mismo encierro de la oficina con gusto a pólvora.

¿Qué significa esta oscuridad a plena luz del día?

¿Un cuartel de reclutas infantiles? si se había dado de baja la ley que obligaba a los jóvenes a hacer el servicio militar obligatorio.

¿De dónde habían salido esos guardaespaldas?

¿Los había visto antes en la puerta del banco donde voy por los depósitos?

¿Quién había invertido tanto dinero en tamaña glotonería?

Armas con forma de *mouse* en manos pequeñas.

Gritos sangrientos en bocas llenas de dulce.

¿Qué había cambiado en La Racional?

Casi todo, a partir de un lugar provocador.

Vuelvo caminando a casa, la nada, que tanto ansiaba, se contaminó de algo que todavía me cuesta nombrar.

Hermano y primo de vale

¿Te enteraste de lo que es capaz de hacer gustito? No sabés, nadie en el barrio lo puede creer. Va desde acá hasta el centro de La Racional haciendo *cross* en la moto. Es un loco, un día de estos se va a matar. Por ahí hace estas acrobacias para sentirse cerca de la madre. Mitad en este mundo, mitad en el cielo. Para mí que, cada vez que acelera, le dedica un espectáculo. Y se ve que la madre lo festeja porque corre con seguridad.

No sé qué moto se compró pero ésta andaba súper rápido. El otro día íbamos en el auto y nos pasó ¡Es un banana bárbaro! ¡No sabés cómo estaban las pibas!

Pensá, tenemos caminos elegantes, andariveles por doquier, puentes de doble mano, túneles impresionistas. gustito estaba en su salsa. Le dedicaba el número a la ciudad que lo vio crecer.

Le hicimos de hinchada varios kilómetros, le chiflamos y le gritamos, “¡sos un héroe!”, él nos miraba y sonreía, levantaba el dedo pulgar como diciendo, “¡gracias, todo bien!” Los autos le rozaban la campera y él manejaba sin mirarlos.

En un momento, aceleró y lo perdimos de vista. Como estábamos intrigadísimos aceleramos por 7 hasta el centro. Estábamos dentro del episodio, pendientes de un desenlace. Te puede parecer una tontería lo que te estoy contando, puede ser, pero me quedé impresionado. No sé, por primera vez sentí que esta ciudad estaba preparada para la audacia, como es plana te resbalás los días de lluvia pero, por otro lado, te salvás de no caerte por una pendiente. Creo que nos va mal porque somos cobardes. La Racional pide pibes que se arriesguen. Deberíamos intentarlo.

Pusimos en el auto un cd de los ramones y prendimos un cigarrillo, ya estábamos como locos buscando a gustito por la ciudad. charly dijo, “paremos en un kiosco para comprarle una sidra al maestro y una cerveza para nosotros”.

Pero nos faltaba un estimulante más para tener la certeza de que lo íbamos a encontrar. La velocidad. Entonces dije, “seamos sus discípulos dementes”.

Necesitábamos perder de vista nuestros objetivos de sobremesa para atravesar la tarde sin que nos pesara su incertidumbre. charly:

– Seguí por ahí, no, a la derecha no, te dije a la izquierda, dale.

– Te juego cualquier cosa que se fue por otro lado.

– ¿Cómo va a doblar por acá si es contramano?

– Te juro que lo vi pasar por acá, agarrá igual, si total no viene nadie.

– ¿Qué querés, que me hagan una multa y quién la paga después, vos, que no tenés dinero?

– Dale, qué te importa eso ahora, lo más importante es seguirlo a gustito, hacerle de hinchada en esta carrera de ocasión.

– Tenés razón.

Doblamos y ¡zás! vimos algo increíble. Una torre de cuerpos, un edificio motoquero. gustito había cargado sobre sus hombros a las personas que lo saludaban, parecía el juguete mecánico que la ciudad ansiaba ¿Dónde están las máquinas que te muevan de verdad? gustito quiebra con la política del estar sentado. Con una moto nos da una lección de vida. Como estaba atardeciendo el edificio humano encendió sus encendedores, ¡no sabés, qué emoción! Nosotros, lo seguíamos al lado con los ramones a todo volumen, con la cerveza que nos desempañaba los ojos. Y ellos repetían, “sigamos, perdete, no queremos llegar a ningún lado, estamos mágicos acá arriba, si te cansás decinos y ahí sí. Sino seguí, andate para el río, el campo, tomá la 36, hacé lo que quieras!” Pero de golpe, se llevó por delante un bache y volaron por el aire. La gente salió disparada como fuegos artificiales. gustito se levantó, se tocó la cabeza y se miró la cara en el espejo retrovisor. Había cumplido un circuito inédito en su ciudad natal. Agarró la moto y se despidió. Nosotros divisamos, en segundos, las dos ruedas brillantes volar en el aire.

Danzarina

Para dormir me pongo un pijama turístico con el que, supongo, viajo hacia lugares con sol y sombrillas de colores.

Me cuesta conciliar el sueño porque me quedo pensando en cómo vería un extranjero esta ciudad. Divago con la idea de encontrarme con alguno de ellos, hablar el mismo idioma y que me inviten a perderme para reconocerla y reconciliarme con ella.

Conozco a dos ingleses que dicen que el clima les sienta perfecto, que ellos son así, fríos por fuera y tibios por dentro. Con la primera persona que dialogan es con una señora que vende alhajas de oro en la estación de tren. Le preguntan en voz baja dónde ir a comer. Y la señora, que nunca fue a ningún restorán, los invita a su casa que queda lejos del centro y dice, “el centro es mi casa, allí pasan cosas que funcionan con una garrafa”. Nos hacemos amigos alrededor de las alhajas, subimos a un micro y cenamos con la ella y sus dos hijas.

Hablamos entre balbuceos porque ninguno entiende el inglés. Comemos pan con chicharrón y tomamos té sin azúcar. Los tres tenemos el estómago lleno y en silencio. Los chicos proponen seguir el recorrido más allá del descampado y quieren subirse sobre los hombros de un chico que pasa a toda velocidad en moto. No tienen miedo, al contrario, quieren que la velocidad les saque el sabor del pan seco de la boca. A la tristeza quieren dispararle con un motor. Y dicen, “la velocidad es un invento contra lo que no se puede revertir. Un revólver, con el que la sociedad produce un olvido momentáneo”.

En la moto tenemos mucho frío. Uno de los ingleses me convida una petaca con vodka para que resista y me divierta pero no me sirve porque lo siento extraño. El otro me abraza como un padre del momento.

Después chocamos y la moto despide estrellas hacia un más allá anti turístico y decidimos hacer dedo.

Los chicos dicen que si no es con velocidad, el consumo consuela y agregan, “qué tal un daiquiri en algún bar. Tenés que conocer alguno que esté abierto a esta hora, esta situación es de vida o muerte u olvidamos u olvidamos”.

Y los llevo al único bar que está abierto en La Racional las 24 hs. Está lleno de pibes disléxicos, mujeres separadas y hombres con amigos.

“Pongan una mesa más y traigan 3 sillas”, le suplican al encargado.

Y como no hay lugar adentro, nos sentamos afuera. El frío sigue siendo el entrepiso de nuestras casas, el techo de nuestras mentes, un saco alejado de nuestras manos.

Me preguntan cosas que no comprendo por el idioma, entonces empiezan a hacer señas. Y logro dilucidar que me preguntan si en La Racional hay museos, cines, centros culturales, autódromos, canchas de fútbol, discotecas, supermercados.

A todas las figuras que salen de sus manos les digo que sí, que hay pero el problema es que los horarios son acotados, abren a las 7 de la mañana y cierran a las 4 de la tarde.

Si una persona quiere ir al supermercado cuando sale del trabajo a comprar lo que necesita para la cena, no puede porque la oficina y el mercado cerraron a la misma hora. En La Racional, les digo con las manos, hay cosas irracionales que nadie pudo modificar.

Los ingleses por un momento parecen asustados. Como si se preguntaran, “a qué vinimos entonces acá”. Y les digo, “a cualquier hora se puede ir a las plazas, a las farmacias, a los sanatorios, a las comisarías y a las escalinatas de los edificios públicos”. Propuse, “vayamos al bosque, hay una gruta, un tobogán, unas hamacas, se escucha el ruido de los animales cuando duermen porque está cerca del zoológico, hay árboles antiguos, penas escritas en los bancos de cemento y un lago que tiene botes de colores”.

Entonces fuimos, nos subimos y gritaron, “Look at it” la luna redonda con medio sol en el medio.

¿Habría sido la resonancia de los botes nunca antes manejados en sintonía con la noche?

¿Una insistencia pálida como el estómago de la señora que vendía alhajas de oro?

¿Habría sido un llamado de éste hacia nosotros, un pedido para que regresáramos a su mesa para hacerle compañía?

Tengo un pijama que me hace viajar de aquí para allá.

Esposo de la tía de Danzarina

Me veo en el espejo y no me reconozco.

El pelo me llega hasta el piso ¿Cómo me ocurrió una cosa así?

Que no me haya dado cuenta yo vaya y pase pero que mi mujer, mis hijos, no me hayan dicho nada, no sé, ¡es una vergüenza!

“¿Cómo pasó?”, le pregunto al espejo. Y un silencio misterioso invade mi cabeza y no puedo pensar más.

No me siento más joven. Me siento ridículo.

Que no me haya dado cuenta pero que ningún vecino, el guardia del banco, la panadera no me hayan dicho nada, es inconcebible.

Estoy un largo rato, enfrentándome no tanto con lo que veo sino con la desidia que se instaló alrededor mío. Un verdadero abandono de persona.

Después de unos instantes comienzo a ver otra cosa, ¿y si me transformé en un caballo?, ¿y si me convertí en una bestia mitológica, mitad caballo mitad anciano?

Sería un animal que piensa y siente y, sin embargo, no tendrían mayor trascendencia mis palabras porque soy esencialmente un misterio de la naturaleza.

Estoy encerrado en este pelo, en esta carrera que no avanza hacia ningún lugar.
La crin me enreda los pies. Soy un caballo tonto, trastabillado.

¿Qué pasó?

¿Quién soy?

El pelo se levanta del piso y dibuja frases en el espejo. Me desorienta. Unos mechones se deslizan como pinceles alegres, con trazos furiosos dibujan líneas incomprensibles. Puedo percibir el sentido pero no el significado. Dicen algo así como, “el amor produce la transformación. Valeroso es el que la deja estar”. Entiendo el espíritu de la frase pero hago un esfuerzo para no comprometerme del todo con lo que estoy viendo. “Hay que animarse sin que importe el qué dirán, habladurías, jajajajajajajaja”, escriben.

Los pelos se contorsionan en una risa pícaro y amarga.

“Dejarse estar”. Esa frase hace que reconozca mi mirada. La aureola que recorre la pupila arrastrándola hacia adelante.

Cuántas carreras vieron estos ojos, cuántos caballos galopar al ritmo de una ecuación matemática, cuántos jinetes rebotar contra el piso de tierra y relinchar como hijos de machos derrotados. Sobre cuántos deposité esperanzas concretas. Cuántos fulgores sacaron estas bestias de mis entrañas. Con cuánto ahínco me perdí en la recta final. Cuántos segundos contaron en mi cuerpo más que miles con mi mujer y mis hijos. Estos misterios producen, en mí, el amor por lo concreto.

Tengo que dejarlo estar.

El pelo me tapa los ojos, el amor me ciega.

Qué debería hacer.

Le guiño un ojo al espejo y salgo.

El cuerpo se resiste, procesa algo irreal.

Camino a la única peluquería que está en el barrio. Se llama “Leonel”.

Entro y ni siquiera el barbero, de toda la vida, parece asustarse. Me dice, “tome asiento donde quiera. Qué se va a hacer”.

Y pienso, “¿acaso no es evidente?”

Leonel me pregunta, “¿quiere que lo afeite, que le retoque las manos?”

Y le contesto, “vengo por la crin”.

Leonel responde, “Ah... la crin” y no dice nada más.

Me miro en un espejo más grande. Pero paso desapercibido porque se refleja lo que pasa afuera, en la vereda, en la calle, en mi mente.

Veo caballos desfilar detrás de mí.

El estilista me mira y levanta un dedo pulgar en señal de que los caballos tienen razón.

Hay que dejarse estar, a veces, el amor produce transformaciones poderosas.

Le pido a Leonel que me coloque la capa. Que me lave el pelo y lo cepille.

“No sé qué hacer, por ahora andá haciendo eso”, le pido.

Mientras trabaja dice, “tu pelo esconde muchas cosas.

Tu pelo me encanta.

Tu pelo te hace ser una bestia joven.

Tu pelo me encandila por lo curioso.

Tu pelo no llama la atención porque contiene un amor asegurado.

Tu pelo es una oda a la carrera que en la vida nunca se corre. Una imposibilidad celestial.

Tu pelo llama a las cosas por el sentido de las frases no por lo que significa cada palabra.

Tu pelo empieza en el campo y termina en la ciudad.

Une lo que está disperso, quebrado”.

Nos quedamos los dos atontados, Leonel y yo frente al espejo, sin tomar ninguna decisión.

Jevy

Anoche mientras cenábamos, mi mamá me confesó que no nos íbamos a ir a vivir a nueva york. Me dijo que aunque trabaje día y noche de lunes a viernes, remate las alianzas de casados de mis abuelos, venda sándwiches caseros en la cancha los fines de semana, apueste sus dijes de oro en carreras de caballos, aunque yo trabajara también, la realidad es que no llegamos a comprar los pasajes. Y prosiguió, “ni siquiera, me atrevo a decirte en este mismo momento, que podamos irnos a vivir a otra ciudad más cercana, como capital federal o la ciudad de córboba. Lo siento, sos lo más importante que tengo en la vida pero no puedo complacerte. Si apenas nos alcanza para comer no llego a ahorrar para empezar una nueva vida en una ciudad que no conocemos. Pero pensé otro plan”.

– ¿Qué te parece si empezás una carrera universitaria?

– ¿Una carrera universitaria, me estás cargando?

– Para nada, ¿por qué decís eso?

– ¿Vos le viste la cara a los que estudian?

– No, ¿por qué hablás así de ellos?

– Porque es verdad. Si yo estoy un poco desilusionado de la ciudad por no saber, exactamente, a quién recurrir cuando no sé quién soy, a esas personas les pasa lo contrario. Están fascinados con La Racional Universitaria y saben a quiénes recurrir en caso de no saber quiénes son y tienen caras de abombados, de todas formas.

– Te haría bien ilusionarte, junto con ellos, de la ciudad y, en última instancia, recurrir a los libros. Pensá que te podrías contento al comprenderlo.

– Eso es imposible. Me sentiría desnudo e incomunicado. Porque, supongamos que un autor contestara mis preguntas, a mí eso en este momento no me basta, yo necesitaría salir con él, tomar una cerveza, invitarlo a un recital.

– Tendrías que aprender a evocarlo para que te acompañara.

– Eso lo decís vos que tenés 40 años y pasaste por un montón de cosas. Para mí no. Evocar significa mucho esfuerzo, mucho sufrimiento. Y eso me sobra, yo necesito festejar, divertirme, sentirme abrazado.

– Los libros sirven para eso, salen con vos a festejar adentro de los bolsos. Haceme caso, con probar no perdés nada.

– O todo.

– Dale, pensalo bien, es lo único en lo que te puedo ayudar porque es gratis. Aunque sea prometeme que vas a contemplar la posibilidad y, quién te dice, por ahí, te pasan cosas inesperadas que hacen que te sientas mejor ¿Qué te gustaría estudiar, letras, abogacía, medicina, veterinaria?

– ¿Comunicación?

– Podría ser.

Pongo el despertador antes de ir a dormir para despertarme a las 8 de la mañana del día siguiente.

Sueño que estoy metido en una roca y nadie me ve ni escucha porque estoy mimetizado.

Quiero que me saquen de las garras del mineral para caminar. Caminar me salva, como la música. Con qué claridad veo las cosas a veces. Estoy sorprendido. Sigo gritando, nadie me escucha y suena el despertador.

Me levanto, me lavo la cara, los dientes, me visto y voy rumbo a la facultad. Miro cada baldosa y siento cómo mi cuerpo se despierta y sale de la roca aireado, las piernas y las manos con ganas de hablar. Mis extremidades dialogan con el piso, mantienen una conversación que no entiendo y, de todas maneras, sigo atentamente.

De los brazos, de las manos y de las piernas salen frases de color azul deportivo que se enamoran con el color rosa de la vereda.

Camino entretenido por ese amor casual que se produce entre la noche y el día, gritos no escuchados y palabras que se entienden, sólo, si se miran.

Llego a la facultad, me inscribo en la carrera de comunicación social y empiezo a cursar.

Me siento en el último banco del aula número 5. Vislumbro una reminiscencia de mi cuarto en este sitio. Y me pregunto, “¿estás ahí?” Y un eco me pregunta, “¿estás aquí?” y contesto que sí.

Las ventanas del aula son gigantes y están cerradas, no entra ni un ápice de luz. Las chicas charlan y tiran latitas de gaseosas en el piso mientras los chicos conversan sobre los resultados de los partidos de fútbol del día anterior.

Me siento solo y encerrado. Claro, no conozco a nadie todavía. Qué tendré que hacer, me pregunto para ir conociendo a la gente y, como no tengo respuestas, me coloco los auriculares.

De pronto se enciende un tubo fluorescente y aparece el profesor.

Entra dando pequeños saltos y balanceándose con un paraguas con flores de color violeta. “Qué tal, bienvenidos”, dice y empieza a encender las luces que faltaban.

Parece contento de ser su propio iluminador. Y pide, “los de atrás, a ver si cierran las ventanas que entra frío, ¡y empezamos!”. Unos chicos flacos intentan cerrarla, se escucha un estruendo y los vidrios caen.

Así empieza la clase.

Me gusta que pasen cosas distintas a las que vivo y, sin embargo, en algún punto, parecidas. Cuando se desmorona algo, me conmueve el ruido y pienso cómo hubiese sentido el estruendo en la intimidad de mi dormitorio. Creo que vendría a la facultad con el pretexto de estar al tanto de sus catástrofes, esas eventualidades me harían sentir acompañado, más que la gente, los autores, los profetas. Me entusiasman sus desperfectos técnicos y arquitectónicos, los ruidos coloquiales que atestan sus materiales hasta hacerlos perecer.

El profesor de comunicación da una clase didáctica. Y esgrime, “sólo avanzarán en esta carrera, aquellos que estén en condiciones de abandonar, lentamente, el sentido común ¿Cómo se hace? Tienen que tener una postura crítica, poner signos de interrogación a todo lo que ven. Preguntarse por qué las cosas son así y no de otra manera”.

Me gusta la palabra abandono pero me da miedo porque en su lugar ¿qué queda?

“Paulatinamente irán poniendo en su lugar respuestas de los especialistas de la comunicación”, continuó.

¿Estaré en el lugar indicado?, me pregunté, siendo un inadaptado comunicacional. Todavía no lo sé.

Cuando la clase termina, a los chicos que parecen conocerse de otras vidas, por primera vez, los veo contentos. Unas chicas dicen, “¡por fin! tenemos que abandonar el sentido común”. Una sostenía que era fácil, mientras que otras decían que no, que, por el contrario, era muy difícil.

Yo que no tengo nada que hacer, persigo a las chicas hasta la cafetería para escuchar cómo se las ingeniarán para abandonar lo que el profesor sugirió, avanzar en sus carreras y así llegar primero a ser especialistas.

Y empezaron la conversación criticando la disposición de las mesas en el bar, el esmalte de las sillas, el café con leche, la vestimenta del mozo, las lecturas que hacían otras compañeras, los novios que tenían, la ubicación de las camas en sus departamentos, las pulseras y los rosarios que tenían colgados. Estaban dispuestas a abandonarlo todo por el saber.

Cuando terminaron el café con leche, tienen caras desilusionadas, bajo con una de ellas hasta el primer piso y le pregunto:

– ¿Qué te pasa?

– Nada, no sé.

– ¿Estás mal?

– ¿Qué te metés, quién sos, desde qué lugar me estás preguntando qué me pasa?

– Desde la cara que veo.

– Eso es sentido común, ¿no entendiste lo que dijo el profesor hoy? Indagá por qué me estás preguntando esto.

– Porque te estoy mirando.

– Deducir algo por lo que ves se llama prejuicio.

– Llamalo como quieras, ¿qué te pasa?

– No sé, no sé qué me pasa.

– Mmmm yo creo que sí, abandonaste el sentido común y te volviste prejuiciosa. Y cómo te va a gustar un chico, cómo vas a ser feliz, con qué derecho te casarías, cómo vas a tener un novio que escucha música en inglés si es parte de un proyecto de propaganda política, cómo vas a tomar gaseosas si pertenecen a una empresa multinacional, cómo te va a gustar una canción si no entendés sus argumentos ¿Es eso?

– Sí.

– Viste, me parece que acá te invitan a desprenderte del sentido común a costa de decretar la infelicidad por el resto de tu vida. Hay cosas que no tienen explicación, como los ruidos, las partes del cuerpo que se comunican con la calle o nosotros que ahora queremos estar juntos creyendo que tendríamos que decir lo contrario.

Tía de Danzarina

Tuve un día terrible. Hoy fueron muchas personas a comprar medicamentos extravagantes. No sé qué pasa pero en esta ciudad la gente se está enfermando de patologías cada vez más graves.

Hace 10 años, por ejemplo, el 50 por ciento de la venta de medicamentos era de aspirinas, profilácticos y antigripales. Hoy por hoy el cáncer y la desesperación, son moneda corriente. La gripe, el sexo y los problemas de corazón quedaron atrás. Es terrible vender este tipo de medicamentos. La gente cree que los farmacéuticos no tenemos corazón, que somos momias de guardapolvo blanco que no sentimos nada. Se equivocan. Mientras que facturamos y hacemos clic caja, nos hundimos en un pozo. No basta con que a uno le vaya bien.

No sé qué será, si la falta de trabajo, de amor, de dinero, de hijos, de amigos, de comida, de lavarropas, los conflictos familiares, con algún amigo o con algún jefe. No sé. Pero hay más problemas que antes. Eso es lo que veo yo.

La otra posibilidad es que, como se reciben tantos estudiantes por año, no tengan otra alternativa que poner una farmacia y en ese caso podríamos pensar que la gente está tentada a enfermarse. Las farmacias serían como las heladerías. La gente pasa por una de ellas y prueba con un heladito por más chiquito que sea. Pasa por una farmacia y le ocurre lo mismo. Se lleva algo para algún dolor que se le despertó en ese momento como el apetito, el deseo, el gusto, el placer.

Cada día entran más personas pidiendo ser medicadas a costa de matarse en frente mío o de matarme a mí. Por eso saco temas de conversación, ese es mi chaleco anti balas. La gente cada día habla menos entre sí. Hay más retraimiento, obstinación. Yo pregunto, “querida, ¿por qué querés tomar esto y si probás con otra cosa? Me deja más tranquila que la gente que viene a mi negocio salga con bolsitas y palabras. Estudié farmacia por eso. La química es la ciencia de las palabras. La magia de lo concreto. Es mentira que lo más importante para la química son los números. Para experimentar es necesario nombrar lo que se está haciendo. Y lo increíble es que en esta ciencia, el nombre se puede suscitarse antes, durante o después del procedimiento. Yo traslado esa fórmula a la vida diaria.

Cerré la farmacia con desgano, sentía las manos lejanas, a dos cuerdas de distancia del candado. Como si quisiera dejarla como estaba y que se quedaran todos los clientes de la ciudad para calmarse.

“Manos, cierren de una vez el maldito candado”, les decía y daban vueltas alrededor pero desobedecían. Qué hubiera pasado si el local quedaba abierto.

Llego a casa y no hay nada para comer. Como no tengo ganas de hacer nada más, tomo un vaso de leche con dos galletas de arroz y me voy a acostar.

En la cama siento algo extraño “¿Qué pasó, qué significa este campo?”, me pregunto. Toco con los pies pasto y tierra, sobre la almohada huelo a eucalipto. La madrugada me empieza a gustar. Cierro los ojos y me dejo llevar por lo que sucede.

Me doy vuelta y mis manos tocan una crin encantada. Es preciosa, larga, sedosa, con perfume a misterio. Está la sogá de montar. La agarro suave y me quedo dormida. Sueño con un campo que tiene árboles añosos que desprenden frutos con pastillas adentro. Masticó las frutas y escupo los carozos. Los químicos fecundan la tierra de la que nacen bebés con los ojos cerrados y cantan. A veces, estoy sentada sobre la tierra con una canasta enorme que contiene recetas, vademécum, certificaciones. Otras, aparezco caminando sobre esos mismos papeles que voy dejando para confeccionar un camino. Estoy sola y segura. Hay caballos cerca que miran para abajo. Me siento un poco extraña, nadie me conoce, nadie me consulta nada, nadie quiere morir “¿Qué pasa?”, grito en voz alta, acaso, “¿nadie sabe quién soy?” Mi voz produce un eco al que sólo le contestan los pájaros. Los clientes aparecen trepados en vacas y aguiluchos.

Pienso, ahora sí tienen la posibilidad de tener una panorámica de la vida pero no hay caso, sus cabezas se caen sobre los ojos de los animales sin dejarlos volar. Se van a estrellar. Se está por producir un suicidio bucólico. Les grito que remonten vuelo porque quizá, les falte altura para dejar de entender de lo que el mundo está hecho. Siento vértigo. Y es lindo porque nos descentra como la velocidad. Los aguiluchos sobrevuelan la cima de las nubes. Son aviones adivinatorios. Saben lo que les transmito con mi pensamiento. Con flores en mi oreja empiezo a correr y dejar que mi mente se llene de lo que el viento tiene para decirle “¿Qué es?, ¿qué es?, ¿qué quiere decirme?”, escucho con atención. Un susurro químico hace tronar palabras borrosas que clausuran por mí, el candado que mis manos se negaban a cerrar.

Jevy

Somos campanas siamesas que salimos corriendo de la iglesia del saber. Corremos para no pensar; para dejar atrás prejuicios que atentan contra los ruidos que en nuestros cuerpos provocan felicidad; para salpicar un camino con otro, superponiendo miradas de expertos con la de personas que tienen la boca abierta porque no saben o no pueden decir nada; para no creer que las respuestas alcancen de un tirón sencillo nuestros corazones de preguntas; por no aceptar que las grandes respuestas estén sobre la superficie de un escritorio, ni en un aula abandonada, ni en una biblioteca que se inunda. Corremos sin sonar. No somos alegres pero nos contentamos con habernos encontrado en una cafetería. Coincidimos en perseguir a las cosas, las personas y provocarlas.

Quién soy, quién soy, quiénes somos, quiénes somos en esta facultad, qué significa esta facultad en el medio de la ciudad universitaria, qué significa la ciudad universitaria en el corazón de La Racional, qué relación existe entre La Racional y los jóvenes y los apostadores de carreras de caballos y las chicas lindas que se sienten disgustadas con las preguntas que les hacen.

Quién soy, quién soy, quiénes somos, ahora, estando acá en el aula número 5. Quiénes somos los chicos que nos desesperamos los sábados por las tardes y que las madres prometen sueños imposibles con tal de verlos levantados, por una causa, una mañana cualquiera.

Quiénes son las chicas que empiezan a dudar de lo que tocan, lo que ven, lo que oyen y creen que encontraron una causa justa, aunque se sientan tristes, luego de abandonar el sentido común, que por ser empeñadas y bien predisuestas hacen que se convierta en desconfianza y la desconfianza en prejuicio.

Y cómo puede ser que las personas que tienen el saber sean las más prejuiciosas de todas, las más encerradas. Cómo puede ser que no se sientan ahogados de palabras y que, por esa misma razón, no necesiten otras cosas. Como por ejemplo, convertirse en campanas que no suenan pero huyen en busca de otras para mimetizarse.

Busco sonidos huecos alrededor porque los ruidos me hacen sentir salvaje, limpio aunque esté sucio.

Corremos de la mano y vamos estampándonos contra la ciudad de lo grande que somos. De una pared a la otra, haciendo un bochinche indescriptible.

La gente se aparta, nos ve venir como una esfera encantada, una campana siamesa que nunca habían visto antes en La Racional.

Ruedo y veo el rosario de la chica que me choca la frente y me siento bendecido. La chica grita desahogada como si nunca hubiera sentido vértigo. Los autos nos tocan bocina de lo rápido que somos y es como si nos hubiésemos recibido sin haber, siquiera, empezado la facultad.

Nos chocamos con un policía que tiene la misma cara del profesor de comunicación. Tiene una pistola y dice respetar a todos menos a los que no ponen en cuestión lo dado.

“Quién soy, quién soy”, le pregunto al policía y la chica también, sobre otras cosas, “qué es el saber, hasta dónde podemos llegar, ¿usted cree que en La Racional se encuentran las mejores facultades del país? Y qué piensa del saber que cabe dentro de cada una de ellas”. “Callate, por favor le suplico a la chica, no te va a responder nada porque los policías no saben. Cuanto mucho nos dará una indicación sobre dónde estacionar pero para qué. Sigamos corriendo. No quiero detenerme en ningún lado. Por favor, aunque no nos volvamos a ver nunca más, te pido que esta tarde sigamos sin sonar, chocándonos por todos lados. Sos la encarnación del bronce que me pesa en la cabeza, un sueño que no tiene nombre. ¡Te amo!, desde el primer momento que te vi dudar en la cafetería de la facultad”, le digo a la chica que recién conozco.

Y la chica, “me caíste bien porque sos un poco retraído, un poco oscuro para mi mundo rosa. Lo que me gustaría ser está en vos, te juro, te lo prometo. Te vi un poco caído pero al mismo tiempo en otro planeta, grande, de pesadilla, metálico, de fantasía”.

Y un vecino grita, “¡eu, ustedes dos, campanas, tienen que parar! o vamos a tener que detenerlos por la fuerza. Vamos a llamar a la policía, estos pibes van a romper toda la ciudad, no ven cómo van dejando escombros a su alrededor ¿No los ven?, con este estruendo están haciendo añicos la tranquilidad, son trompetas desafinadas”.

Y nosotros seguimos porque tenemos un chaleco de fuerza de bronce bendecido por el movimiento. Hoy no nos va a pasar nada malo porque estamos pasándola bien, vamos a seguir gritando hasta que no nos pesen más preguntas en nuestros corazones complicados.

Y quién soy, quiénes somos, qué significa la facultad de comunicación en relación a las otras facultades, cuál es la comunicación entre la facultad y La Racional, cuál es el tipo de comunicación que sería propicio pensar entre ellas, cuáles son los saberes que nos protegen, dónde están las respuestas que nos sostienen coleando, si no son estas abolladuras que dejamos al azar en una ciudad que no nos comprende y, sin embargo, tantos ruidos le proponemos.

Danzarina

Es domingo y le pido a mi mamá que me deje ir al cumpleaños de la hermana más chica de mi mejor amiga.

Ella, que recién se levanta, no me entiende bien y, por las dudas, dice:

_ No.

_ Por favor, es un rato, a la tarde. Te juro que vuelvo temprano.

_ ¿A vos te parece que ni bien me levante tenga que escuchar tus pedidos y, además, qué clase de pedidos? Son un hachazo al corazón.

– Pero dale, es domingo, no tenemos ningún plan para hacer ¿o sí? Quiero estar con mi amiga y divertirme en el cumpleaños de su hermana.

– ¿Pero vos te das cuenta lo que me estás pidiendo? Vas a ir a una fiesta infantil donde hay comida que no podés, siquiera, mirar. Va ser una tentación, por qué castigarte así.

– Eso no me importa má, creo que ya me olvidé de la comida. Te hablo de la amistad. Quiero estar un rato con ella, hacerle compañía.

– Haceme el favor, pensalo dos minutos. Vas por una amiga pero los alfajores son los alfajores, la pizza es la pizza y las gaseosas son las gaseosas. La amistad llama la atención como los manjares y sabés que no podés.

– Vos decís que no puedo, yo puedo perfectamente y sería feliz. Vos querés que yo no pueda para tu felicidad.

– Es más complicado de lo que imaginás. Yo lo hago por vos, algún día me vas a agradecer ser un ángel, una estrella de la ciudad, una persona con un futuro por delante.

– Pero yo quiero que mi futuro sea otro. No me gustaría ser un ángel. Quiero ser un elefante que pise fuerte la tierra y que, a cada paso, afirme la existencia al mundo. Los ángeles no se sabe muy bien adónde viven. Si son de acá, del cielo, si están vivos o muertos. Prefiero que se me hundan los zapatos.

– Eso lo decís ahora porque tenés 12, ya vas a ver cómo vas a cambiar de opinión dentro de unos años. Yo estoy para eso, para guiarte. Las tentaciones no sirven para nada, pisás el palito y te caes. Lo más importante es tener metas, no palitos y creo que, con ese hermoso cuerpo que tenés, sería un desperdicio que dejaras pasar la oportunidad.

– Es la tuya. No es lo que yo quiero. No me interesa. De hecho no bailo. Soy parte de un cuerpo sólo porque lleno un espacio vacío del escenario ¿No viste que siempre hago de flor, de sol, de árbol. Y nunca de pájaro, de mariposa, de princesa? Soy una bailarina inmóvil, ¿no te das cuenta?

– Es porque sos novata, en cuanto aprendas bien las secuencias, vas a ver cómo te darán el papel principal.

– Esta conversación me cansa ¿Me dejás o no ir al cumpleaños?

– Con una condición.

– ¿Cuál?

– Que no mires la mesa de los dulces. Pensá en el largo plazo. Si comés algo hoy te vas a arrepentir mañana cuando vean que tenés grasa sobrante en las caderas. No juegues con fuego.

– Te dejo ir pero volvé temprano.

– Chau.

Camino hasta la casa de mi amiga. De ahí, vamos al salón, un rato más temprano para acomodar las mesas, los banquetos, las guirnaldas.

El silencio de La Racional contrasta con el aturdimiento que tengo en mi cabeza. Mi mamá dispara palabras. Tendría que haber sido policía o una bailarina que actuara ese papel. Tiene balas escondidas adentro suyo y se obsesiona, de tal manera, que pierde la razón. La obsesión es su contracara. Se deja llevar por un personaje que inventó para mí, se pierde en su ficción. No entiende lo que le digo porque no escucha, si escuchara sería diferente. Pero no creo que cambie, ese personaje que tiene para mí lo inventó cuando era muy chica. Su ideal la sostiene viva, el día que se caiga se va a morir. Y, a mí, me haría un gran favor. Quedaría a cargo de mi tía que me entiende y que, por eso, no me aplaude cuando termino de bailar. No me besa, no me abraza, nada. Salimos del teatro y me dice, “ya voy a hablar con tu mamá”. Yo no le digo nada

pero me pregunto, qué pasaría si directamente no fuera a verme. Qué pasaría si no formara parte de la comedia que mi mamá armó para deprimirnos a todos. Eso debería hacer. No ir, no seguirle la corriente. Dejarla sola en una butaca, frente a un escenario aplaudiéndose a sí misma.

No importa, me quiero poner bien para mi amiga, su hermana y para mí.

Llegamos a la casita de fiestas infantiles y todavía hay un gran silencio.

El de La Racional se metió allí y ambos contrastan con mi cabeza.

Distribuimos los manteles, las guirnaldas, las luces. Ordenamos las mesas y las sillas de mayor a menor y de menor a mayor. Ponemos las gaseosas en la heladera y los alfajores en los platos.

El mago llega y los payasos también.

Los familiares y los invitados, después.

Los amigos, al final, junto con los regalos.

La música de la fiesta se pelea con mi cabeza llena de palabras.

Mi amiga me lleva de la mano de un lado al otro. Nos reímos de cómo nos vamos llevando las cosas por delante sin darnos cuenta. La fiesta nos ataca y tenemos que prepararnos para insultarla.

Vamos a la parte de atrás del escenario para preparar la contienda. Llevamos vasos rosas de plástico con jugo y vino adentro.

Brindamos para darnos fuerza, éste va a ser el último trago antes de patear el mobiliario.

Cuando tomamos el líquido vemos algo que nos asombra. Hilos que parecen sangre caen de la preciosa vajilla infantil. Es una señal, los signos por venir.

Profesor de comunicación

Me levanto de la cama con una frase en la cabeza, “el arte ayuda a transitar el camino hacia la finitud”. No tengo idea si es mía, si alguien la repitió mientras dormía, si se la robé a alguien y la firmé durante el sueño, si la vi escrita en alguna pared de la ciudad y me quedó grabada, a tal punto, de haberla incorporado.

Tomo mates y miro por la ventana hasta que se haga la hora de salir. Hoy no enciendo la radio porque es una frase que me hace sentir acompañado.

No me quedo pensando en la palabra autor, sino en la suerte que, a veces, corre el lenguaje, cuando las palabras ablandan al cuerpo.

Mientras me ducho, recuerdo las veces que me representé la finitud. Me seco los pies en la alfombra del baño y siento una paz insólita.

Con esta sensación intento preparar la clase que tengo que dar en dos horas y, si bien se me ocurren ideas, ninguna logra encarnar lo que quiero.

Decido salir de casa, con el objetivo de encontrar alrededor indicios que relacionen la clase con el estado de ánimo.

Veo a unos chicos que juegan una picada en el bosque a las 7 de la mañana; una chica de 12 años que vomita atrás de un auto; un hombre que llora sobre la cara de un caballo; una mujer que se pelea con unos pibes que le quisieron robar; una campana de bronce, veo demasiadas cosas para mi gusto en una sola manzana cuadrada que, sin embargo, tiene una diagonal, un cabito seco que me hace perder hacia adelante.

Dejo de entender dónde estoy, dónde estacioné el auto, qué hice con los cuadernos en los que tengo escritas a mano cada una de los contenidos que tengo que dar. Qué les

voy a decir a quienes esperan un discurso exacto, si perdí las citas, las referencias
Dónde se me cayó la llave de casa, qué hice con la mochila.
Tengo que encontrar algo para hacer, no puedo llegar así nomás.
Podría llevarles la frase con la que amanecí. Sobre ella versaría la parte teórica pero
qué trabajo práctico podríamos hacer.
Sigo perdido y veo una plaza. Tengo que hacer algo con ella, es el único punto de
referencia que me es familiar.
Presiento que estoy dando vueltas en una obra de arte. Decido romperla y llevar
pedazos. Los escombros se nutren de una densidad lumínica sospechosa, los caños de
las hamacas parecen esquirlas malditas, el techo de la calesita la intemperie de un
refugio imaginado por niños muertos.
Si logro llevar lo que veo tendremos material para discutir.
La palabra discusión no coincide con la sensación que me provocó la frase de la
mañana.
Después de unas horas llego a la facultad, en la cabeza llevo los caños, en las manos el
techo de la calesita y, entre los pies, escombros.
Y digo, “bien, perdí la clase que iba a dar hoy. Cuando esto ocurre se recuperan cosas
aunque no nos pertenezcan. Se preguntarán qué vamos a hacer con todo esto.
Amasen los pedazos y creen un paisaje”.
De los dedos de los alumnos salen espadas. De las mesas caen heridos. La clase es una
guerra. Así nos enfrentamos con los materiales de la historia.
El arte me hace transitar mejor el camino hacia la finitud, ¿quién dijo esa frase?, no me
importa pero me entusiasma.

Jevy

¿Habremos elegido la carrera correcta? ¿Cómo darnos cuenta a tiempo sin
arrepentirnos? ¿Es justo tener que elegir una clave del destino a una edad en la que se
saben tan pocas cosas? ¿Cómo concebir que elijamos de manera acertada algo si ni
siquiera sabemos quiénes somos? ¿Puede la vida soportar una decisión que agarramos
con guantes de goma? ¿Lo nuestro es la comunicación porque sabemos o porque no
sabemos comunicarnos? ¿Las decisiones que uno toma son respuestas tentativas a las
preguntas que tenemos? ¿Y si en cambio de la comunicación hubiera sido el arte, la
psicología, la química, cómo nos daríamos cuenta?
Todas las facultades representan respuestas a preguntas del hombre. La pregunta
sobre quién soy está dentro de esos lugares que no conozco, dentro de una ciudad.
¿Y si solamente eligiéramos la clave de nuestros destinos a partir de algo más cercano,
como por ejemplo, querer enamorar, tener amigos con quienes compartir un sábado a
la tarde? ¿Y, si además, nos encontráramos con alguien que nos invitara a cambiar de
ciudad y lo dice en un momento que ansía nuestro corazón? ¿Y si la cuestión de elegir
un símbolo de la eternidad no fuera más que un capricho que tomamos de manera
ligera? ¿Cómo representaríamos decisiones que se sostienen en un pie? ¿Se puede
jugar una carrera profesional a costa de no enamorarnos?
Me siento frágil, no me animo a responder nada. Soy una campana siamesa a la que le
siguen sonando sonidos de una chica que se fue.

Cuando me quedo solo se me aparecen estas preguntas y no me gusta. Me empiezo a perder y me olvido de comer, tomar agua, realizar los mandados que me piden, los trámites que debo.

Qué hago otra vez en este cuarto que, ahora, es el aula 5 de una facultad enorme a la que se le caen cada uno de los vidrios de las ventanas que se cierran. Como si fuera una nena con dientes de leche que no puede hacer nada al respecto y espera ansiosa que se les caigan todos los demás.

A mí me produce felicidad el ruido. En las cosas que se rompen yo veo una esperanza, la serenidad de ser alguien que todavía no conozco. El movimiento me contiene. El amor. Hacerme un dibujo perseguido por mis dudas.

En la casa fumigan. En las oficinas. En las plazas, en los bares, en las veredas de la ciudad. Las personas salen. Parecen felices. Por primera vez veo a las chicas de la facultad con los ojos abiertos mirando hacia delante porque los universitarios miran hacia abajo porque tienen la cara hacia los libros y pesan.

La gente salta, corre, baila, está contenta. Como si el simple hecho de la fumigación los hubiera hecho salirse del destino, corromper la clave.

Somos jóvenes con preguntas, a los que no les interesan las respuestas sino encontrar estados de seguridad física. Sentir algo cálido cuando hace frío. Escuchar un grito en la tranquilidad del aula, tomar un plato de sopa de la mano de la persona que nos gusta. Comprendo que no hay días más felices que cuando fumigan en La Racional.

Las personas llevan prendedores de preguntas, hilos inconclusos de existencia. Las chicas, el pelo suelto y los chicos, galerías subterráneas en sus mentes.

Ocupamos la calle como si nos estuviésemos manifestando.

“Quién soy”, le pregunto al día que construye una malla para que mi cerebro descanse.

Estoy harto de este chaleco de fuerza de bronce que no sirve para nada si no estoy con ella. Tengo helado el corazón, duro, casi muerto.

¿Vendrá? ¿Habrà venido a la facultad hoy? ¿Le habrá pasado algo? ¿Se habrá quebrado alguna costilla por sostener un cuerpo artificial? ¿Estará desmitificando el sentido común de los pasajeros del micro? ¿Pensará en mí? ¿Nos volveremos a ver? ¿Seguirá cursando esta materia siendo tan exigente en el traslado de las preguntas a la vida cotidiana?

¿No estaré en el lugar equivocado? ¿Podré vivir más preguntas de las que tengo? ¿En todas partes, hasta en el aula de mi casa, en el aula de mi corazón? ¿Qué clase de valentía hay que sentir para provocar lo que necesitamos? ¿Cómo hago para implementarla más allá de entenderla?

Necesito ayuda. Solo no me animo. Por eso vine a esta facultad.

Para encontrar alguna respuesta.

Yo

El plano de La Racional se diseñó a partir de la preeminencia de los espacios verdes y de la existencia de bibliotecas. A partir de ellas, se construyeron las facultades, fundándose así La Racional Universitaria.

La Racional es una ciudad impregnada de un culto particular. En cada persona habitan tantas páginas de libros como hojas pisadas cuando es otoño.

A veces, se producen caminos asombrosos entre los libros y las plazas. Las personas sacan ejemplares únicos de las bibliotecas y los leen al aire libre que se llena de reliquias, momentos inolvidables.

Mientras la gente lee, a los libros les caen cabos sueltos, caparazones de jacarandá, frutos de tilo. Pero también pelos canosos y hojaldrados de chicos que recién se inician en el saber. Señaladores, servilletas de papel, biromes flúor, lápices negros y cartas. Las personas, a veces, olvidan pertenencias dentro y eso provoca que, de ese modo, se vuelvan especiales, también.

Un día retiré un libro rojo y pesado fui a la plaza más cercana y lo que encontré allí dentro fueron objetos más importantes que el libro.

Un lector había dejado una cinta de casete, un manifiesto escrito en portugués y el pico de una botella de cerveza.

Los materiales resplandecían en mis manos y cortaban.

Eran regalos olvidados o no a la literatura. A los autores que a uno le hacen bien. De manera anónima para que se produzca una comunión real con quienes los escribieron. Porque ellos tampoco se enterarían de todas estas sorpresas. Serían regalos del silencio, a la vista de quienes los comparten.

Esa tarde me quedé mirando cada uno de ellos sin poder leer una sola página. Quería ponerme el pico de la botella en el dedo, simulando un anillo, volver a colocar la cinta del casete en su respectiva caja, traducir el manifiesto pero no entendía la lengua.

Podía contemplar esos obsequios pero no acceder a su alegría porque no eran para mí. Eran para su autor.

Cuando tuve que devolverlo, me dieron ganas de sacar otro para ver si venía con alguna sorpresa porque ya no me importaba leer.

Le pedí a la bibliotecaria, el primer título que se me pasó por la cabeza, "la eternidad de bob". Me lo dio rápido para el ritmo que tienen las bibliotecarias en La Racional, que caminan como si estuvieran a punto de dar a luz sus propios ejemplares. En ese sentido, hay que tener paciencia con estas mujeres. Tienen un carácter especial, podrían haber trabajado en la morgue. Lo suyo es más la limpieza del cadáver que la alegría de compartir buenos momentos con los vivos. Para ellas son personas muertas que merecen silencio, respeto y cuidado. Los agarran sin guantes ni nada, no temen que los libros se estropeen de verdad, abogan para que el contacto piel con piel o piel solapa sea lo más real posible. Y para que los muertos les hagan cosquillas en las palmas de las manos tienen que agarrarlos con una furia sutil, propia del barrido.

"Ya te lo traigo", me dijo y me fui con el libro a mi casa. Cuando llegué, me senté en la mesa de la cocina porque es el lugar de mi casa en el que hay más luz y lo abrí.

Cada capítulo parecía marcado con un cuchillo fino de plata. Sobre los bordes inferiores alguien había dejado rastros de saliva animal y en un capítulo sobre el tiempo había lágrimas azules mezcladas con pedacitos de uñas pintadas de rojo intenso. Esos objetos, para mi gusto, necesitaban de alguna palabra, que, por suerte, encontré. Con un punzón, aquella persona de fina caligrafía había escrito sobre lo mal que le había hecho la lectura de ese libro. Alguien la había fechado antes de la primera publicación. En ese momento empecé a dudar si no habría sido el mismo bob escribiendo un contra libro dentro del propio. No sé. Estaba confundida. Decía algo así como, "ojalá el tiempo y el espacio fueran cosas que uno pudiera entender matemáticamente, físicamente, químicamente, filosóficamente, literalmente. Pero no, son conceptos a los que el saber no puede salvar".

Supongo que es una carta escéptica que escribió el mismo autor arrepentido de los fundamentos de la obra que compuso.

¿Habría llorado así, de esa manera tan particular? ¿Se habría pintado las uñas al amanecer? ¿Se habría querido cortar las venas con estos cuchillos tan finos, mientras atravesaba una desilusión marcada por la incompreensión del tiempo y el espacio para un hombre? ¿Y la saliva del animal, qué representaba? ¿Habría escrito en la mitad de un trance entre su propio destino y el de un animal de fábula? ¿bob, dejaste estos regalos para mí?

Danzarina

Me pierdo en las tinieblas de un plato de sopa. El agua espesa me llama la atención. Los fideos dedalitos me invitan a que me los ponga como anillos y, de esa manera, paso a pertenecer al castillo real.

Allí viven nenas que fueron dejadas por sus padres porque eran feas, gordas, torpes. Los padres creían que durante un tiempo iban a salir reformadas en belleza, atletismo, gracia y elegancia.

Me siento en una ronda y las miro. Tienen mi misma mirada, un poco espesa, caída en un plato de comida.

Una de ellas me cae simpática porque es maciza y arrogante, se lleva a los demás por delante y, sin embargo, sus pies, por fuera de lo que tocan, son delgados y brillantes. Le digo, “¿sabés que a mí me pasó lo mismo en el cumpleaños de la hermana de mi mejor amiga?, no sabíamos bien si las cosas se habían ensañado con nosotras o si nosotras pateábamos lo que teníamos cerca para ver qué significaba el verbo volar”. Ella me mira cómplice, como sintiendo que iba a tener de compañera a otra atleta sedentaria y le sonrío como diciendo, “sí, me encantaría”.

Las otras están despeinadas, un poco sucias, con mocos en la boca y dicen, “lo que pasa es que lloramos mucho y los mocos se transformaron en una especie de barro que nos tapó la garganta”.

Nosotras dos, que ya somos amigas, se las abrimos despacio y con un cepillo se las limpiamos como si fueran bebés incapacitados.

Una se pone a llorar y otra a reír.

La que llora extraña a sus padres y la que se ríe le dice, “¿estás loca, cómo extrañas que te hagan malicias por no haber nacido princesa? Este reformatorio es nuestro paraíso, ¿no ven que no tenemos a nadie que nos diga cómo hay que hacer las cosas? Estamos abandonadas o liberadas según desde dónde lo queramos mirar”.

Somos libres en este castillo que existe en un plato de sopa. Somos las adorables de las tinieblas. Y eso tiene que gustarnos. Somos mestizas, mitad y mitad de las materias diversas que forman el mundo. Somos gordas pero tenemos los pies flacos y brillantes. Estamos despeinadas pero tenemos coronas. Somos regordetas pero pisamos fuerte el camino. Nuestros dientes están sucios de haber probado cosas dulces. Nuestras panzas se van hacia adelante y nos protegen de agresiones venideras. Somos el futuro de una nueva civilización. No teníamos con quién hablar y ahora somos 10. No usábamos anillos porque no los merecíamos y ahora tenemos muchos fideos dedalitos en cada uno de los dedos. Tenemos, eso sí, que idear un plan para que no nos vengán a buscar nunca más. Uno digno de princesas para que, una vez que nos reformemos a nosotras mismas, estemos listas para un nuevo mundo.

La chica que llora, dice, “¿y cómo vamos a hacer si ni siquiera tenemos nombres? Cómo vamos a nombrar un nuevo mundo si no sabemos cómo nos llamamos”. Yo respondo, “y eso qué importa ¿Qué nombre te gustaría tener? Y ella dice, “angelita”. Perfecto, de ahora en más te bautizamos con ese. Otra chica llora porque teme aburrirse de comer todos los días fideos y le decimos, “también podés no comer y listo”. Otra llora porque extraña al perro y sugerimos que, entre todas, podemos hacer una mascota con nuestra ropa sucia.

Las que se ríen, dicen, “están locas, cómo extrañan el mundo comfortable que les ofrecían sus padres si a cambio las agredían con sus fracasos”. En este castillo real, no existe esa palabra. Nosotras nacimos para triunfar, para revertir el cauce de las cosas, para revolucionar nuestra alimentación y nuestros peinados.

“¡Vamos a bañarnos!”, grita una que no había dicho nada. Y vamos agarradas de las manos a la ducha. Mientras que una se enjabona, la otra le cepillaba el pelo. Nos higienizamos en cadena para estar preciosas al mismo tiempo. Hay igualdad en el plato de sopa.

Cuando terminamos, pregunto, “¿ustedes saben bailar?” Y, como responden que no, les doy una clase de danza poco convencional.

Tenemos que cambiar el mobiliario de lugar para identificar el significado del verbo atravesar. Después de unas horas, lo anotamos en un cuaderno rosa con puntillas en la tapa.

La chica morruda, con mucha imaginación propone otras danzas para entender la esencia de las palabras. Y dice, “propongo que ahora movamos las manos para identificar el significado del verbo odiar”. El odio en nuestras manos es un chicle con el que construimos un escudo sin palabras, sólo formas negras y rosas.

Otra chica dice, “yo no puedo proponer nada porque soy débil lingual”. Y todas le respondemos, “qué significado quisieras descubrir”. Y la chica contesta, “la palabra lengua”. Bailamos sacando la lengua, chocándolas unas con otras, tocando las lámparas, los escritorios immaculados llenos de biromes en sus cajones.

“Nos estamos enloqueciendo, dónde estamos”, dijo una. Y le contesto, “no perdamos la cordura, estamos en La Racional dentro de una fortaleza que está en un plato de comida. No nos vamos a enajenar por el simple hecho de que estamos contenidas en una ciudad racional. Eso se lo escuché decir a mi mamá, un día que se puso furiosa porque le decían que le veían la cara conocida de algún lado pero no sabían bien de dónde”.

Para ser libres necesitamos estar cuerdas.

Durante la tarde pensamos en qué consistiría el plan de autoreformación. Y sostenemos que el mismo se estructurará en función del descubrimiento del significado de las palabras que no entendemos y que nos gustaban.

La última palabra cuyo significado queremos descubrir es tiniebla.

Y empezamos a bailar mientras lloramos. Las lágrimas construyen una cúpula de humo, gracias a la cual nos empezamos a elevar.

Lo que critican nuestros padres queda en un segundo lugar: el cuerpo, las caries, las manos obesas, la suciedad, nuestra ropa.

Tenemos otros objetivos en nuestras vidas, amigos y volátiles.

Padre de Jevy

La terminal de trenes de La Racional es un lugar crepuscular. Tiltan en su caparazón de tortuga los rayos de sol ni bien salen al mundo y se retiran a encontrarse con los ángeles que habitan en las noches.

Que no despide a nadie pero tampoco da la bienvenida.

Es una arquitectura animal, de tránsito, gracias a la cual da ánima al cuerpo en movimiento.

Brinda lo único que necesita el viajero, postes de claridad para la andanza de los días. Parece decirnos, “¡van por buen camino, sigan!” Estas palabras se desprenden de su ornamento y su fachada de esfinge modesta.

El único problema que se conoce a destiempo y siempre por boca de tiburones con corbata, es que, por las madrugadas, alguien se fija en las vías de tren.

Es, en ese lapso, mientras que el sol está viniendo y llega, que se precipita la catástrofe en el alma de las personas.

A veces, pienso si hubiese estado ahí antes de que saliera el sol o los periodistas, a esa hora exacta para evitar la muerte, en cambio de estar en sus butacas, quizá las cosas serían diferentes.

Por ahí, estas tragedias que se precipitan a las 5 y 45 de la mañana sean el canto de libertad que las estaciones merecen escuchar por lo que representan. La libertad es una de ellas que anima a los pasajeros a que cambien de lugar y forma de mirar las cosas, las cosas mismas.

Nunca estoy en el lugar del hecho. Siempre llego después. Cuando en el aire quedan reminiscencias de lo que podría haber sido y no ocurrió.

Queda una pólvora especial, el halo de perfume de los pañuelos que las personas tenían en el bolsillo, monedas enganchadas de manera azarosa sobre las vías de tren. Como si la estación hubiera sido la fuente de agua final en la que fueron depositadas para pedir deseos. Quedan libretas abiertas con números de teléfono, manchas de birome sobre manos blancas, anillos de fantasía y broches de plástico para el pelo sobre los andenes. Aspirinas y colonia en el aire.

Las estrellas bajan para reverenciar un espectáculo escrito para ellas y siguen titilando a plena luz del día. Están a cargo del cortejo íntimo en la inmensidad. Tienen la responsabilidad de transmitir lo que no tiene palabras por haber sido testigos primogénitas.

“Estrellas”, dicen los pocos parientes que avanzan sobre los cuerpos, “qué pasó, qué pasó”.

Pero las estrellas no hablan. Acompañan solamente.

Los policías preguntan, “por qué en este lugar”.

Si la vida es un viaje, qué mejor que terminarlo en la terminal de tren. Por qué no compartir con el mundo verdades íntimas que nos desgarraron y no pudimos siquiera decir; por qué no atreverse a ser una estrella del espectáculo aunque sea en la última instancia; por qué elegiríamos morir en un lugar en el que no nos descubra nadie. Estas personas se arrojan a las vías del tren porque tienen cosas para decir. Si no lo harían en otros lugares. Es una muerte comunicacional.

“Estrellas, ¿qué pasó?”, le escuché preguntar a un policía místico. En una mano llevaba las esposas y, con la otra, exclamaba al cielo piedad. Lo vi pidiéndole una pitada a una chica preciosa y decirle, “no entiendo, me conmueve tanto la muerte que

no sé qué hago con estos candados encima mío”. La chica anonadada le convidó un cigarrillo y se quedaron los dos esposados mirando los rayos tenues del sol que atravesaban el caparazón de tortuga del edificio.

¡Crash! Se precipitó un ruido de diluvio férreo, seco, oscuro.

Sobre las vías de tren hay un bebé tirado con la cabeza de nube. Vi la nube primero y el cuerpo después.

No lloré ni un poquito, el ruido había enfriado mis emociones.

“¿Qué pasó?”, preguntó alguien que recién llegaba para tomar el tren de las 6 de la mañana, “qué barbaridad, quién pudo haber sido, qué pasó”.

Dicen que no fue una madre que arrojó al bebé a las vías. Que fue un hombre que, al arrojarlo, se convirtió en bebé. Dicen que no se arrojó nadie pero que, de repente, apareció un bebé con cabeza de nube sobre los carriles.

Un hombre con cabeza de escritor se arrojó debajo de la cabina para transformarse en otra cosa.

Un hombre que le temblaban las manos como a los bebés y lloraba fuerte como cuando nacen. Sólo que nadie lo escuchó porque los trenes suenan más fuerte.

Así lo quiso el hombre, que las máquinas gritaran más fuerte que toda la humanidad y elegir, durante el crepúsculo, la terminal como último lugar para ver.

Yo

Yo y yo. Rubia y rubia. Linda y linda. Revolucionaria y revolucionaria. Enamorada y enamorada. Con el arte en la cabeza, con el arte en las manos y el arte enfrente nuestro.

Yo y yo. Morocha y morocha. Años y años. Hijas e hijas. El barrio y el barrio. Hilos de felicidad e hilos de felicidad que trenzamos cada vez que nos vemos. Pájaros en la cabeza, pájaros en las manos y pájaros enfrente nuestro.

Yo y yo. Canosa y canosa. Té y té. Autos y autos. Hombres y hombres. Amigas y amigas. Con verdades en la cabeza, en las manos y enfrente nuestro que nos pasan mientras nos conocemos.

Un vestido que nos gusta ponernos cuando nos extrañamos.

Abuelo de Jevy

Vivo en un edificio histórico, creado por el padre de uno de los fundadores de La Racional. Siempre quise vivir aquí, aunque llegué después de muchos años porque sólo residen personas mayores. Es un lugar excepcional en cuanto fue creado por un padre orgulloso de su hijo y no al revés. Y como a mí también me pasó lo mismo, siempre quise estar acá, para sentirme en sintonía con aquel espíritu de la creación.

El padre del fundador de La Racional, al ver que su hijo llevaba sus ideales a la práctica, quiso contribuir con la causa de la descendencia y construir una mansión racional para personas cuando envejecieran.

Estoy entonces, por otra causa también. Cuando uno llega a viejo necesita vivir en lugares precisos, lineales, con ventanas que conecten la ancianidad con el murmullo de la calle. Pasillos por donde uno no se pierda, ascensores que suben nada más, baños chiquitos para que uno no se maree y caiga, cocinas modestas para que entre una única persona.

Gracias al padre del fundador vivo en una comunidad de ancianos monumental. Lo que en nosotros se descascara, el edificio lo absorbe en provecho de una irradiación de luz paqueta y ancestral.

Siguiendo los pasos de nuestros antecesores construimos un museo de dientes con secretos. Tenemos una colección de dentaduras postizas, gracias a las cuales vemos aquello que dijimos en una vitrina de cristal de babilonia. En otras estanterías pusimos libretas bañadas en oro de cuando éramos jóvenes. En una repisa los libros que leímos para aprender el abecedario y hacer revoluciones que pasaron a la historia. Sobre una mesa de porcelana tibia, dispusimos cabellos que se nos caen para observar en ellos la ternura que se deposita en lo que el tiempo nos arrebató. En unas cajas de música, que dejamos siempre abiertas, guardamos prendedores y pinches para las corbatas.

Nosotros somos los únicos visitantes, excepto, una sola vez que recibimos al intendente que vino para donarnos maderas de algarrobo.

Hicimos construir un salón de los espejos, cada uno donó los espejos que traía de antes y, desde ese entonces, cuando tenemos ganas de reconocernos vamos a ese sitio. No solemos ir porque lo que vemos allí nos desconcierta y, sin embargo, a veces dibujamos sobre ellos las personas que fuimos y las que quisimos ser.

Nos dedicamos al jardín de la siguiente manera, cuando nos vamos a dormir tomamos una clase de control mental para soñar con las plantas que más nos gustaron en la infancia y, a la mañana siguiente, sacamos cuidadosamente del sueño los gajos que tenemos que plantar.

El otro día soñé con el jasmín del cabo que mi madre cuidaba cuando era niño y fue increíble cómo, sin siquiera tener que sacarlo de mi cabeza, una flor blanca y perfumada apareció en mi mano mientras tomaba el desayuno. Mis compañeros se reían y decían, “no te hagas el vanidoso, cómo hiciste para tenerla sino plantaste la semilla”. La señora que duerme conmigo me pidió que se la regalara y así lo hice. No pude plantarlo en el jardín pero lo hice en el pelo de la señora que miro dormir todas las noches.

A veces, escuchamos música pero como nos gustan las novedades, les pedimos a nuestros nietos que nos traigan la de ahora.

Mi nieto vino a verme y me regaló un disco y bailé hasta que me cansé. Después me preguntó:

- Abu, ¿quieres que te tatúe algo en el brazo, la pierna o el cuello?
- No sé bien, qué es un tatuaje.
- Es un dibujo que uno elige para decirle algo al mundo ¿Vos te harías uno para decirle algo a esta ciudad?
- Sí, a mí me dio un montón de cosas, entre ellas la oportunidad de vivir los últimos años de mi vida en un palacio construido por el padre de uno de los fundadores.
- ¿Y qué frase te tatuarías?
- “RI”, Racionalidad Incondicional. Por mi edad, la memoria que tengo no es la que recuerdo.

Mi nieto tomó del museo un bolígrafo del siglo XIX y empezó a dibujar una frase en mi brazo izquierdo, con un amor de médico escultor.

– Ahora sí, ya está listo. Quiero que vayamos al salón de los espejos para que veas cómo te quedó.

Él también quería mostrarme una leyenda.

Mamá de Jevy

Papá, qué hermosas palabras salen de tu pantalón gris, el suéter azul y tu camisa blanca. Son palabras de un colegial orgulloso de la institución a la que pertenece. Como si nunca hubieras crecido o, lo que es lo mismo, como si la ropa se hubiera encariñado con las palabras que tuviste en mente y se hubiera estirado, de tal manera, de acompañar tu cuerpo a andar por los distintos lugares que atravesaste en la vida. Siempre te vi vestido de la misma manera, desde la primera foto que me mostraste cuando ibas al colegio religioso hasta ahora que vivís en esta residencia fenomenal creada por el padre de uno de los fundadores de La Racional.

La ropa que te impusieron te dio seguridad de hijo, de amigo, de padre y de anciano. Fuiste capaz de sobrellevar a costas un mandato con la libertad de un príncipe. A costa de haberla estirado, de haberla emparchado, planchado, zurcido y vuelto a lavar. Veo el espíritu de tu vestimenta en mi hijo que no se quiere sacar la ropa porque extraña y dice que es mejor vivir con mal olor a vivir dolorido. Es el estilo que se hereda a costa de saltarse una generación.

La ropa a mí no me acompañó como hubiera querido y sin embargo, identifico en esa herencia una revolución íntima que es capaz de sobreprotegernos. Yo tuve que ir regalando, tirando, despojándome de lo que más quería para no estar desnuda. Y me costó más amoldarme a los mandatos de la moda impuesta en los colegios.

Tus palabras grises, azules, blancas hicieron una extensión de la ropa transformada en bandera. De una bandera reparada. Admiro de vos cómo pudiste hacerle frente a los ideales de las generaciones precedentes sin importarte cómo uno estaba vestido, sosteniendo con tu cuerpo la idea de que la apariencia no es importante. Mi hijo dice lo mismo. Sostiene con su cuerpo frustraciones con telas de antaño que lo ayudan a traspasar un trance, acompañándolo.

Te toco la mano. Y te miro a los ojos.

Nos salen de repente lágrimas opacas. Ningún arcoíris se interpone entre nosotros, es la representación insospechada de la carne.

Nuestras lágrimas en silencio recorren tu estancia de cemento. Y me cuentan qué nuevos objetos dispusieron para sorprenderte.

“Qué hermoso museo; qué preciso salón de espejos armaron, gracias a la donación de la propia imagen”, dicen mis lágrimas mientras se evaporan.

Cuando queremos que ellas se queden allí para mirarse, aparecen los cuerpos de todos. Del padre del fundador de La Racional, de tus compañeros de habitación, de todos los ancianos que comieron, se bañaron e hicieron el amor en esta pequeña ciudad que los contiene para que no se pierdan.

Por momentos, las lagunas de nuestras manos quieren distraernos, se van pero regresan, la pena que produce el simple paso del tiempo no nos abandona.

Y las únicas palabras que decimos son: el tiempo es bueno, el tiempo es manso, el tiempo revoluciona la intimidad desde afuera, el tiempo es nuestro, el tiempo de atrás, el tiempo de crear, el tiempo de creer, el tiempo que pasa desapercibido, el tiempo en tu reloj pulsera de oro, el tiempo en el mío de plástico marrón, el tiempo en tu primer reloj de niño encantado por las horas, el tiempo estupefacto y distante de las agujas en mi corazón, el tiempo en el que comimos una misma fruta, el tiempo en que mamá la cortaba y vos me la dabas en pedazos, el tiempo en que pelaste las papas para tus compañeros de escuela, el tiempo en que me enseñaste a leer, el tiempo en que te leía

literatura que no entendías y, sin embargo, escuchabas con atención, el tiempo en que las migas de pan en nuestras manos hacían muñecas que después comían los terneros, el tiempo en que hacíamos mandados, el tiempo en que te fui a comprar la colonia de tu preferencia, el tiempo de lluvia, el tiempo de sol, el tiempo de no vernos porque vos vivías en un lugar alejado, el tiempo de mi casa chica que quedaba cerca de tu almohada, el tiempo en el que te daba con la mano lo poco que ganaba y siempre gané, el tiempo del dinero para todos, el tiempo en el que fundabas el partido, el tiempo que no te veíamos por noches enteras, el tiempo en el que mamá cocinaba y creía que entendíamos lo que pasaba a través de unos bocadillos salados, el tiempo en que nunca había fruta de estación, frutas no había pero había ideas sobre la mesa, tuyas que nos contaban los vecinos, el tiempo en el que imaginaba a la tarde qué cosas estarías haciendo, para quiénes y por qué, el tiempo en el que necesitaba más palabras y menos ropas que salieran de tu boca, el tiempo bravo en el que vos llegabas y yo estaba durmiendo y cuando me levantaba ya habías desayunado, el tiempo entrecortado por un tiburón buenito que tenía los dientes afilados, el tiempo hebra y monocorde del camino, el tiempo que detengo en tus ojos y lo exprimo así, con las dos manos para hacerme un jugo de frutillas con lágrimas alegres.

Tengo que chorrear, papá, tu traje, no como un insulto sino como un regalo de semilla. Salpicar de colores lo que estrujo con el cuerpo para mirarte con otro atuendo ¿Te gusta cómo quedaste? Para mí estás precioso. Siento que te vestiste para mí porque venía a visitarte a la tarde con una torta de manzanas, la que te gusta.

Decile a las lágrimas que nos lleven al comedor, que están los comensales sentados a la mesa.

Pongamos el mantel de florcitas rococó que bordó mamá, las servilletas de los abuelos, la vajilla heredada, el banderín de tus palabras en el centro como el florero que decora la merienda.

Decile que nos lleven ahora, que si no se va a hacer tarde y me voy a tener que ir a casa a cocinar. Que no sean mañeras ni tontas, que nos conduzcan a la mesa linda que siempre soñamos tener.

Las lágrimas de los dos, a mi padre le hicieron caso porque él siempre había respetado los mandatos, entonces las cosas no se le resistían como su propia ropa. Y nos sentamos a la mesa y llamamos a sus compañeros de castillo y comimos la torta de manzana y el jugo de frutillas ahora en los vasos recién lustrados y brindamos.

El pantalón gris, el suéter azul y su camisa blanca se empezaron a deshilar como si mi papá dijera, “estaba esperando este momento en el que me pudiera redimir y abandonar despacio, así, sobre la mesa, la ropa que me acompañó toda la vida”.

Jevy

La Racional es una mujer mayor con los brazos largos y el cuerpo grandote. Se viste con una pollera de lana azul y una camisa blanca con hombreras. Tiene un aspecto de lapicera bic azul de trazo grueso, aunque use zapatillas negras y cómodas.

Tiene aros de perlas y una cadenita con un relicario que le cuelga del cuello. Lleva una cartera de mano en la que entran sus habitantes para que no se pierdan y, si eso ocurre, sepan regresar.

En el andar, tenemos la oportunidad de arrebatarla, descubrir qué hay dentro del último bolsillo, qué queda escondido detrás del forro añejo, qué filamento nos conecte con un más allá.

Toco la guitarra con sus brazos largos y rasgo sobre la tela del fondo un lugar para aquellos que la ciudad protege sin ilusiones.

Las monedas olvidadas son púas sobre su cierre eléctrico.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora de Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

www.instagram.com/tadomenech

www.instagram.com/ediciones.presente